

Vicente García

APOCALIPSIS ISLAND

DOLBY
EDITORIAL

Prólogo

La humanidad había aprendido más o menos a vivir con ellos. Así se podía resumir la situación mundial en aquellos momentos.

Tras la crisis de 1985 las cosas habían vuelto a la normalidad y la mal llamada epidemia se había controlado en casi todo el mundo “civilizado”, lo cual implicaba que Europa, Norteamérica y Oceanía habían sobrevivido a la plaga y el resto del mundo prácticamente había sucumbido a ella irremisiblemente.

La situación en la actualidad, en términos simples, se podía resumir indicando que una enorme muralla de cuatro metros de alto con un amplio foso a sus pies separaba los Estados Unidos de México, y que las comunicaciones con África se habían roto, olvidándose la opinión pública de ese continente del que nadie hablaba, síntoma de la vergonzante forma en que se le abandonó a su suerte convirtiéndolo en una verdadera ratonera para todos aquéllos que intentaron escapar de él.

De este modo, el continente negro se encontraba separado de sus estados antiguamente amigos y vecinos por una segunda muralla de la vergüenza a la altura del Canal de Suez –ampliamente custodiado ahora por fuerzas de la ONU–, mientras que por el Mar Mediterráneo operaba la Quinta Flota norteamericana y un conjunto de navíos con la bandera de la Unión Europea, en su lucha constante por evitar la llegada de pateras con posibles supervivientes infectados.

Capítulo 1

Retorno a la isla del pasado

Hacía bastante tiempo que Marc no pisaba Mallorca y estaba deseoso de regresar a ella y retomar su vida normal, al menos durante los meses que se había tomado de excedencia. Había viajado a los Estados Unidos hacía unos cinco años para estudiar en la Universidad de Nueva York el origen de la Mutación Z, nombre con el que era conocido el trastorno de los infectados que acababan convirtiéndose en aquellas criaturas aparentemente sin vida inteligente a las que denominaban muertos vivientes o zombis. Marc, sin embargo, no acababa de estar del todo de acuerdo con dicha nomenclatura, entre otras cosas por la alarma social que ocasionaba al relacionárseles así con aquellas criaturas del terror fruto de la imaginación del cineasta, y ahora visionario, George Romero o de los rituales vudús del Caribe americano.

El vuelo hasta Mallorca había sido bastante tranquilo. Había dormido prácticamente durante todo el viaje y tenía bastantes ganas de encontrarse con viejos amigos y recorrer lugares por los que no paseaba desde hacía tiempo.

Nada más aterrizar se dio cuenta de que en media década el aeropuerto había crecido enormemente. Ya era grande antes, pero ahora realizar el recorrido para recoger la maleta era mucho más largo que en otros tiempos.

La tranquilidad reinaba en el ambiente y él lo agradecía. Había vivido bajo una gran tensión durante todo aquel tiempo,

aunque no se podía quejar; ahora tenía más dinero del que podría nunca haberse imaginado.

Fue entonces, mientras esperaba ver pasar sus dos maletas por la cinta, cuando comenzó a escuchar algo de ruido en la zona de carga. Primero escuchó algunas maletas caer, y posteriormente algunos gritos y chillidos; no dudó ni un instante en imaginar lo que estaba sucediendo, por desgracia estaba ya acostumbrado a ese tipo de incidentes en el lugar de donde venía, donde cualquier pequeño despiste en la seguridad provocaba alguna desgracia.

Y esta vez alguien lo había pagado bien caro. No fue hasta apenas unos segundos más tarde, con la gente algo alborotada aunque sin moverse de al lado de la cinta -no fuera que a sus maletas les crecieran patas y fueran a escaparse-, cuando observó lo que motivaba el follón que provenía de detrás del muro. Un brazo completamente ensangrentado comenzó a rodar por la cinta como si de una maleta más se tratara; hubo gritos, chillidos, alguna que otra persona vomitando y un inicio de estampida en cuanto apareció por la cinta un zombi. Estaba agachado, en cuclillas, agarrando el otro brazo de su víctima y comiéndoselo a bocados dejando salpicada de sangre la cinta transportadora, en una escena grotesca como pocas. Durante un instante, el zombi no se inmutó, continuó con su laboriosa tarea devorando aquel hueso, royéndolo de la mejor forma que podía, hasta que levantó la cabeza y se percató de que estaba rodeado de gente, algunos le miraban perplejos en estado de *shock*.

Existían los zombis y mucha gente los había visto en la televisión o incluso de lejos, pero estar frente a uno y tan cerca era algo que no muchos habían tenido el gusto de experimentar en la vieja Europa occidental, donde la plaga inicial había sido relativamente suave, al contrario que en otros lugares como Estados Unidos o las ya perdidas Sudamérica o África. De modo que algunos se quedaron como en trance, mirando la cinta sin ser del todo conscientes del peligro que corrían. Marc logró apartar a algunos de sus hipnotizados compañeros de viaje, aunque convenía comenzar a correr; aquellas cosas se sabían cómo comenzaban pero nunca cómo acababan, y desarmado como iba

no estaba dispuesto a dejarse la vida por salvar la de algún inútil despistado.

Los zombis eran por lo general criaturas lentas de reflejos y movimientos, lo que hizo que pudieran ser prácticamente erradicados del autodenominado mundo civilizado, pero no convenía despistarse, ya que no solían errar un golpe. Tal fue el caso de uno de los pasajeros allí presentes que esperando pacientemente su maleta se vio inmerso en aquella pesadilla; estaba desconcertado y paralizado por la escena, intentaba moverse pero no podía, escuchaba los gritos de advertencia de uno de los pasajeros, pero no lograba reaccionar, y mientras tanto el zombi se acercaba a él sentado en la cinta, poco a poco, pero de manera constante. Una vez situado a apenas unos metros de él, el zombi levantó la cabeza, le miró fijamente y, extendiendo los brazos, le agarró por el cuello donde le hincó un bocado que se lo destrozó, para a continuación lanzarlo contra el suelo como un muñeco roto.

Ya eran dos. Y así comenzaba siempre todo con aquellos animales.

Para cuando el segundo zombi se levantó, Marc ya estaba lejos, a punto de salir de la zona de recogida de maletas, se giró una última vez y logró ver cómo uno de aquellos animales salvajes destrozaban a dos despistadas jóvenes que salían del baño de mujeres. Ya eran cuatro, aunque Marc no acababa de entender muy bien la rapidez de la transformación de los humanos en zombis, ya que era un proceso que normalmente llevaba un tiempo, y no era algo instantáneo como en los casos que estaba viendo. Algo fallaba en aquella escena, pero decidió pensar en ello más adelante, una vez estuviera a salvo.

Instantes después, los zombis continuaban su lento caminar internándose en el baño de los hombres, donde numerosas personas habían intentado buscar refugio. Era como si los olieran. Marc se preguntaba en ocasiones si aquellos bichos sentían algo, si tenían hambre, recuerdos o, simplemente, si podían oler o pasar frío.

Justo cuando salía de la zona de recogida de maletas, comenzó a escuchar los gritos de los pobres incautos refugiados

en aquella improvisada ratonera que eran los aseos de los que nunca saldrían con vida.

Marc hizo un último servicio a la humanidad antes de coger un taxi y advirtió a dos guardias civiles de la presencia de zombis en el aeropuerto. No era cosa de tomarse algo así a broma, ya que la infección podía extenderse como un reguero de pólvora si no era atajada a tiempo.

Una vez dentro del taxi, y tras sentir al conductor refunfuñar al decirle que iba en dirección hacia la cercana ciudad de Palma –cuando justo los clientes que habían cogido el taxi anterior iban a Alcudia, situada en el otro extremo de la isla–, se relajó mientras escuchaba las noticias de la cadena Cope que llevaba sintonizada el taxista en la radio. No es que fuera su emisora favorita, pero echaba de menos poder escuchar en español las noticias. Todo parecía estar en calma, aunque había habido un rebrote de casos esporádicos relacionados con la Mutación Z que llamaban la atención y que comenzaban a preocupar a la población y a algún que otro político –por llamar de alguna forma al contubernio de gobierno y oposición, que parecían ahora aliados para perpetuarse en el poder habiendo creado una especie de casta política, con un acuerdo tácito para evitar hacer en público cualquier tipo de declaración relacionada con los zombis y, sobre todo, la corrupción–.

Tenía ganas de llegar a su casa, un pequeño chalet situado en plena Palma, cerca de la Cruz Roja, en una zona tranquila de plantas bajas rodeada de pisos, una de las pocas que se conservaban así en aquella ciudad que había crecido tanto a lo largo de los últimos años. Todavía no había visto en persona la casa, la había comprado con su sueldo del primer año y la había ido amueblando con trastos y aparatos comprados por Internet, que esperaba hubiera ido colocando en un sitio adecuado su amigo de la infancia Tony.

Mientras se relajaba en el asiento de atrás del taxi, tuvo la sensación en un par de ocasiones de que el conductor le había acabado identificando. Al parecer, por lo que le había dicho Tony, se había convertido en una especie de celebridad nacional, debido a la publicidad que le habían estado dando los medios de comunicación y el gobierno de turno al trabajo que

había estado desempeñando allende el océano. El que un español hubiera sido llamado a la poderosa nación de los Estados Unidos para ayudarles a investigar todo lo relacionado con la Mutación Z era toda una noticia, siempre y cuando no coincidiera con otras como un partido de la Champions League o con Rafa Nadal jugando la final de Roland Garros –aunque más noticia fue la de que Federer había sido mordido por un zombi en uno de los pasillos de las pistas de Wimbledon o la de que Fernando Alonso había atropellado con su Ferrari en unos entrenamientos a un zombi que cruzaba por la pista–.

Pero sea como fuere, el taxista fue discreto y no dijo nada, de modo que al cabo de unos veinte minutos llegaron hasta el que debía de ser su nuevo hogar. Por lo que había sabido, su antiguo piso, cerca de la calle San Miguel, había sufrido lo que podía ser eufemísticamente denominado como “algunos daños colaterales” durante unos altercados entre fuerzas de seguridad del estado y algunos *anarcas* que reclamaban algo de justicia social. Aquellos enfrentamientos eran bastante habituales desde hacía un tiempo, sobre todo porque el gobierno provisional, impuesto tras los anteriores acontecimientos relacionados con los zombis, se había instalado en el poder de forma al parecer definitiva, con la aquiescencia tácita del pueblo y de todos los poderes reales y fácticos. De hecho, hacía más de nueve años que no había ningún tipo de elecciones en muchos países europeos, España incluida, en manos ahora de aquéllos que habían logrado sacar al país de la crisis Z y de algunas fuerzas como las militares, apoyadas por los grandes empresarios que parecían haber dado un paso al frente para salir de las sombras y operar más abiertamente la manifestación de su poder real.

Marc pensaba que iba a añorar su antiguo piso –no es que fuera muy grande, pero estaba adornado con gracia y le había llevado su tiempo el convertirlo en uno de los picaderos más interesantes de la isla–, aunque tras ver su nueva residencia, decidió que no iba a echarlo de menos. Su nueva vivienda era luminosa, grande y espaciosa, con dos alturas sin contar el amplio sótano y, lo que era más importante, tal y como había solicitado, contaba con un alto y grueso muro exterior, lo cual

nunca venía de más en los tiempos que habían corrido, corrían y podían correr.

Había otro requisito imprescindible y que había hecho que el precio global de la vivienda se elevara sobremanera: la casa debía contar con un pozo de agua natural de lluvia. Aquello era algo habitual en Mallorca, ya que el agua que caía formaba numerosos acuíferos que además solían estar conectados entre sí, pero en los tiempos que corrían aquello era algo que estaba bastante valorado, sobre todo después de las restricciones y los cortes del suministro habidos tras la primera plaga.

Pero Marc lo tenía bien claro: quería una casa, sí, pero también un lugar cercano al centro de Palma en el que estar tranquilo, una fortaleza en la que no ser molestado ni por los vivos ni por los muertos. Y por mucho que las autoridades insistieran en repetir una y otra vez que todo estaba bajo control, él era más consciente que nadie de que aquello no era del todo verdad, y que todo lo relacionado con el virus o la Mutación Z resultaba incontrolable e impredecible.

Asomó la cabeza al sótano, donde precisamente estaba el viejo pozo perteneciente a un antiguo molino, y comprobó cómo Tony había seguido perfectamente sus instrucciones llenándolo hasta arriba de latas de conserva de todo tipo, ordenadas y clasificadas en las numerosas estanterías ubicadas en aquel lugar. Esperaba de hecho que las hubiera seguido al pie de la letra y hubiera adquirido aquéllas que caducaban más tarde. Sin duda, el negocio de las latas de conserva había sido uno de los que había experimentado un auge mayor; se habían agotado por completo cuando surgió la plaga original y gracias a ellas había sobrevivido gran parte de la población que supo administrarlas con paciencia en los momentos de mayor necesidad. Por ello, ahora todo el mundo prefería comprar aquellas latas repletas de conservantes y de larga caducidad a jugársela con cosas más perecederas que, llegado el momento, podían serte de poca utilidad.

Se había avanzado mucho en ese campo, y ahora había verdaderas maravillas capaces de aguantar prácticamente una eternidad envasadas. Desde luego la sociedad, lo que quedaba de

ella, se sentía más segura sabiendo que podía llenar las habitaciones de su casa de latas y latas de conserva. Esto había provocado más de un disgusto, al haberse dado numerosos casos de techos que se habían derrumbado fruto del sobrepeso causado por el acumulamiento masivo de estas latas.

Tras echar un vistazo a la casa y comprobar la seguridad de ésta, decidió salir a dar un paseo. El barrio era desde luego apacible, aunque no se tardaba en salir de la tranquilidad de éste para sumergirse en el bullicio de la gran ciudad, que a fin de cuentas era lo que él buscaba, amante como era de las ventajas de ésta, sobre todo ahora que el tráfico rodado escaseaba más que en otros tiempos pretéritos a la gran plaga.

Paseó durante unos minutos sin rumbo fijo hasta ir a dar con el viejo edificio de la Cruz Roja. Fue entonces cuando volvió a ver a uno de ellos. Aquello comenzaba a ser demasiada casualidad, aunque no se paró mucho tiempo a reflexionar sobre ello: decidió acercarse y comprobar lo que estaba sucediendo.

Se trataba de un zombi perteneciente a una persona de avanzada edad, que caminaba dando tumbos por la acera, seguido a cierta distancia por una multitud de curiosos.

— Pobre desgraciado — le dijo a Marc uno de los transeúntes que contemplaban la escena con tono jocoso y casi relajado—. Se les debe de haberse escapado del hospital.

Desde hacía un tiempo, en los Estados Unidos, Marc había observado una relajación en lo que a la seguridad en torno a los zombis se refería, y al parecer en España sucedía lo mismo. El haber aprendido a *vivir* con ellos tenía sus cosas positivas y sus cosas negativas, y entre estas últimas estaba el hecho de que mucha gente había trivializado la existencia de éstos hasta el punto de haber olvidado la amenaza real que representaban para la vida humana. Mucha gente asumía la muerte por ataque de zombi del mismo modo en que asimilaba la de los muertos en carretera, excepto que muchos parecían olvidar que en este último caso no había riesgo grave de pandemia o incluso exterminio de la raza humana tal y como era conocida.

De modo que allí estaba aquel tipo, haciendo bromas con el zombi al que incluso se permitía el lujo de insultar y menospreciar,

al tiempo que le azuzaba con una rama de árbol mientras el “pobre desgraciado” intentaba torpemente alcanzarle con los brazos.

Fue entonces cuando sucedió la desgracia, como solía pasar en estos casos para regocijo de Murphy y sus leyes. Un niño que se encontraba jugando a escasos metros de la escena con un amigo suyo comenzó a correr y, sin darse cuenta, tropezó y se fue a dar de bruces con el tipo que jugaba con el zombi, que perdió el equilibrio y cayó sobre el *pobre* muerto viviente que no dudó en alargar los brazos y apresarle justo antes de caer en la acera. Con el rostro desencajado, lo último que vio en vida aquel desgraciado fue la cara de satisfacción del zombi que con un quejido acercaba sus dientes hasta su cuello hincándoselos inmisericordemente; nada se podía hacer excepto rezar por su alma. Llegados a ese punto, ni el más fuerte de los humanos podía deshacer aquella presa a la que el zombi hambriento sometía a su víctima, en lo que seguramente sería un festín.

La escena había dejado de hacer gracia a todos los presentes, por supuesto; el niño lloraba desconsolado mientras el corrillo de gente se disolvía, algunas personas vomitaban ante la crudeza de la escena. Marc retrocedió unos metros sin dejar de observar, en un acto algo macabro, aunque impulsado en el fondo por su deseo por aprender más de aquellas criaturas, de lo que las devolvía a la vida, lo que las impulsaba a moverse, de la fuente de alimentación que poseían. Y es que en el fondo todo a su alrededor era un completo misterio.

Afortunadamente, un par de soldados no tardaron en aparecer en la escena para poner algo de orden, aunque lo cierto es que había uno prácticamente en cada manzana de la gran ciudad, encargados, precisamente, de sofocar aquel tipo de incidentes a la mayor brevedad posible con la idea bien clara de evitar que cualquier tipo de contagio pudiera expandirse más de lo recomendable.

Marc dudaba en si seguir o no su camino cuando decidió que no estaría mal visitar el nuevo zoológico instalado a unos veinte minutos de donde estaba, en lo que era el antiguo Parque de la Riera, y en donde había escuchado que se exhibían varios zombis. Luego se extrañaban de que pasase lo

que pasaba, pensó Marc recordando la escena que acababa de presenciar.

La idea de aquel zoo le resultaba verdaderamente macabra. Hacía tiempo que había oído hablar de él y sentía bastante curiosidad por el mismo, aunque no se explicaba quién podía ser el cafre de turno al que se le había ocurrido tamaño disparate. Una vez más, era obvio que las cosas estaban controladas hasta que dejaban de estarlo, y es que aquello era sin duda un peligro en potencia. Como él mismo pensaba, *el único zombi bueno es el zombi muerto* rezaba una frase que recordaba haber escuchado en alguna película de aquéllas chungas de acción que solía ver por las noches para evitar dormirse, a pesar de que a él le gustaba añadir *con la única salvedad de aquéllos destinados al estudio y progreso de la ciencia*, e incluso ésos les habían causado más de un disgusto en las instalaciones norteamericanas de donde venía, fruto sobre todo de los descuidos de, por un lado, los novatos, y por el otro, los veteranos confiados. En ambos casos, el resultado final era desgraciadamente el mismo: la muerte inmediata a manos del zombi de turno.

Incluso desde los Estados Unidos, Marc había oído hablar de aquellas instalaciones pioneras, destinadas al entretenimiento y a trivializar el choque cultural que suponía la medio convivencia en aquella época de dos especies completamente distintas pero a la vez idénticas. De momento, ninguna otra ciudad se había aventurado en semejante veleidad, era como pedir papeletas en la ruleta rusa, e incluso resultaba incomprensible que el Ayuntamiento de Palma hubiese accedido a la petición; según éste, aquel lugar era una garantía segura para una mayor presencia turística en la isla, y la consiguiente desestacionalidad y concentración en el turismo de sol y playa. Entre las opciones barajadas, creación de campos de golf al margen, aquélla era una de las a priori más interesantes para muchos, incluida la prensa local, que desde hacía un tiempo parecía estar enamorada de cuanto hacían los políticos.

Cuando por fin llegó a la puerta del zoo, le llamó la atención la gran cantidad de gente que había, impulsada por la teóricamente sana curiosidad y el presuntamente detestable morbo.

Gracias a su pase especial de científico no tuvo que hacer cola alguna, por lo que pudo pasar por delante de todos aquéllos que esperaban y avanzaban lentamente y que ahora le clavaban miradas de odio a su paso. Marc no acababa de tener muy claro lo que iba a ver; había recibido hacía un tiempo un *mail* de su amigo Tony que hablaba de aquel zoológico, pero estaba tan mal explicado y las fotos eran de tan baja resolución que no pudo hacerse una idea, aunque puede que estuviera hecho así a propósito, para crear más expectación en quien lo viese.

Una vez dentro, mientras se dirigía por un estrecho y oscuro pasillo al interior del recinto pensando en lo inadecuado de tan reducido espacio para pasar si hubiera que evacuar, notó cómo el olor que había en el ambiente comenzaba a resultar realmente cargado; la pestilencia que emanaba de las paredes le daba un toque siniestro todavía mayor al lugar. Estaba claro que aquella ratonera de pasillo tenía el fin de dar más expectación a quienes entraran en el zoo, pero desde luego era bastante poco práctico y parecía sacado de una película mala de terror.

Al cabo de unos segundos, el pasillo se abrió y dejaba paso a una tremenda explanada a cuyo lado izquierdo quedaba la Riera, un amplio torrente natural por el que casi nunca corría el agua y que cruzaba la ciudad de arriba a abajo. Con el paso del tiempo, aquel torrente de unos veinte metros de ancho y diez de profundidad había sido conveniente modelado y adornado con piedras por el curso que atravesaba la ciudad, con numerosas plantas sembradas a diferentes alturas.

Pero lo que más le llamaba la atención eran las jaulas que ya podía vislumbrar a unos treinta metros de distancia, y de las que provenía aquel olor que comenzaba a ser nauseabundo. Marc agradeció la mascarilla que uno de los empleados del lugar le dio nada más salir del túnel, no acabando de entender cómo alguien podía trabajar allí, aunque él no resultara el más adecuado para pensar de aquel modo, por cuanto venía de un lugar donde había trabajado durante años rodeado de seres como aquéllos.

En apenas unos segundos se acercó a las primeras de las jaulas. Allí, al sol, había alrededor de cuatro zombis malolientes,

con una veintena de personas a apenas unos metros de los barrotes. Los zombis estaban quietos, apretados en el único lugar de la jaula en el que había algo de sombra, cosa que le llamó la atención ya que era un detalle en el que nunca había caído a lo largo de sus años de estudio de aquellos seres. Pero lo que también le llamó sumamente la atención fue la escasa seguridad del lugar; había un encargado de seguridad por jaula, sí, pero cualquiera podía acercarse lo suficiente a éstas como para quedar al alcance de aquellas criaturas.

La escena en sí le parecía surrealista. Si por él fuera, hubiera exterminado por completo a aquellos seres, aunque con ello hubiese acabado él mismo en el paro hace tiempo. Bastante amenaza representaban ya de por sí los caminantes aquellos que asolaban Sudamérica o África a sus anchas, donde se había dejado a su suerte a sus habitantes, y donde muchos vaticinaban que se había acabado cualquier tipo de vida humana inteligente.

Lo de “vida humana inteligente” convenía matizarlo bien, ya que, cómo no, a lo largo de los años habían comenzando a surgir religiones y sectas en torno al fenómeno de los muertos vivientes. Había por un lado quienes los veían incluso como entidades o seres superiores, situados ahora en lo más alto de la pirámide evolutiva, ya que podían “vivir” sin respirar, sin comer o sin padecer dolor, aunque éstos nunca debatían sobre el hecho de que los zombis no demostraran más inteligencia que una cucaracha ni sentimientos más allá de querer devorar a cualquier congénere vivo que se le pusiera a mano.

También estaban los que veían en estas criaturas una nueva plaga enviada por Dios para castigar a la humanidad por sus cada vez mayores pecados, o los que veían en todo esto la llegada del Apocalipsis, considerando una herejía oponerse al mismo y reivindicando la necesidad de entregarse al destino ineludible del Señor.

Unos y otros habían montado todo tipo de sectas y religiones a las que se afiliaban todos aquéllos, que no eran pocos, que buscaban una respuesta en torno a aquel misterio que en el fondo eran aquellos seres, sobre los cuales estaban realizando todo tipo de estudios los mejores científicos del mundo.

El caso es que aquel remedo de zoológico resultaba totalmente siniestro, aunque sin duda ayudaba a quienes entraban en él a dejar de lado el misticismo y el misterio en torno a aquellas criaturas.

Alrededor de él había todo tipo de personas, desde niños a ancianos, que paseaban observando los distintos recintos y jaulas donde estaban albergados los zombis. De vez en cuando, alguno de ellos se acercaba hasta las rejas e intentaba, medio loco y fuera de sí, alcanzar con sus brazos a alguno de los visitantes. Inútil labor, aunque Marc no dejara de ver posibles fallos en la seguridad del lugar, ya que ¿cómo hacer que un sitio como aquél fuera completamente a prueba de riesgos cuando ni en los recintos de máxima seguridad donde había estado podían lograrlo?

Paseó un poco más por el lugar antes de regresar a casa y descansar del largo viaje, intentando olvidar todo cuanto estuviera relacionado con los zombis.

Capítulo 2

5 de enero, comienzo de fiesta

Marc había comprobado que vivir en aquel *nuevo* mundo no le gustaba en absoluto. El nuevo orden instaurado resultaba hasta cierto punto agobiante, y no entendía cómo la sociedad había consentido en perder el poder político de aquella manera. Era como vivir en una dictadura, de hecho no encontraba la diferencia por ningún sitio: estaban por fin en manos de las grandes corporaciones, de políticos que se perpetuaban, con medios de comunicación controlados y sumisos, con una Iglesia manipuladora y de nuevo con poder real, y con unas fuerzas de seguridad que velaban con demasiado exceso por los ciudadanos, con detenciones injustificadas que nunca se sabía cómo iban a acabar.

Pasear por la calle tenía bastantes inconvenientes, desde la incertidumbre ante la posibilidad de una detención inesperada o injustificada, hasta el poder encontrarte de repente con un zombi. No le había vuelto a pasar desde el día de su llegada, pero era algo que se mascaba en el ambiente; el pasearlos de un lado para otro como mercancía de estudio y observación tenía aquellos riesgos, y aunque había casi un soldado por manzana, con aquellos seres toda seguridad era poca.

Aquello le resultaba a Marc paradójico hasta un punto incluso irónico. Había pedido una excedencia laboral temporal en los Estados Unidos porque estaba cansado de estar rodeado de zombis y de estudiarlos, y con la idea de desconectar de éstos

y disfrutar de la fortuna que le habían pagado por sus años de peligrosa y fructífera colaboración allende el océano. Y ahora se encontraba de regreso a una sociedad que estaba sumergida y construida en torno a aquellos peculiares y peligrosos seres. Incluso se temía encontrarse cualquier día por la calle a algún niño paseando a un zombi cual mascota.

Estaba pensando muy seriamente qué hacer. De momento no le apetecía reincorporarse al trabajo, de hecho no tenía muy claro que volviera a hacerlo alguna vez a pesar de haber recibido un par de tentadoras ofertas de su antigua empresa; se había estado planteando el comenzar a viajar por el mundo y visitar los lejanos países que acostumbraba a ver en la gigantesca pantalla de plasma de su salón.

Lo único que le retenía era la inestabilidad política y social en la que, en el fondo, estaba sumergida Occidente, donde la extrema derecha comenzaba a imponer su ley con fuerza. Esto no era de extrañar visto los momentos de inestabilidad por los que estaban pasando, lo que conllevaba un regreso a los valores tradicionales y el conservadurismo. Fruto de ello fue el comenzar a echar a los inmigrantes la culpa de todo, el florecimiento de sentimientos racistas y el endurecimiento de las medidas policiales, que pretendían intentar infundir algo de seguridad en una sociedad herida de muerte.

En esos pensamientos estaba cuando salió a dar una vuelta y se detuvo a tomar un café en la terraza del Cristal, una antigua cafetería situada en la Plaza de España y cercana a la Sala Augusta, una de las pocas salas de cine que quedaban en la ciudad y sobrevivían a los multicines con megapantallas. Era la noche de Reyes, estaba anocheciendo y en algo menos de una hora la cabalgata pasaría cerca de aquel lugar, por lo que decidió hacer algo de tiempo antes de ir a verla.

Comenzó a hojear los diarios mientras tomaba el café, buscando principalmente alguna noticia sobre los incidentes que según la radio se habían iniciado la tarde anterior en la cárcel, donde existía un conato de fuga o un motín a gran escala; las informaciones no eran en absoluto precisas, aunque seguramente sí exageradas, porque no venían reflejadas en ninguno de los diarios.

Fue entonces cuando escuchó un disparo. Aquel momento iba a cambiar para siempre su futuro y seguramente el del resto de la humanidad, o lo que quedaba de ella, en el sentido real y figurado.

Inmediatamente se giró hacia el lugar donde había escuchado el sonido. Venía de lejos, pero no le cabía la más mínima duda, se trataba de un disparo. Tanto él como el resto de los allí presentes habían escuchado por desgracia numerosos disparos en el pasado, y aquél había sonado alto y claro. Pocos segundos después, sonaron algunos disparos más y se comenzaron a ver soldados corriendo en dirección a la calle 31 de Diciembre, una amplia avenida en obras desde hacía unos meses por culpa de unos trabajos de canalización destinados a generar trabajo y disminuir el paro existente.

Algo se estaba cociendo y sin duda se trataba de algo gordo, ya que de repente comenzaron a surgir soldados de todos lados y hacia aquella dirección. Marc estaba en el fondo tranquilo: si se trataba de zombis, poco podrían hacer éstos contra aquellas tropas entrenadas y organizadas, preparadas especialmente para enfrentarse a una contingencia de aquel tipo.

Mucha gente comenzó a desaparecer en dirección a sus atrincheradas casas, aunque Marc decidió acercarse un poco a 31 de Diciembre para ver qué sucedía, en parte porque aquella era la calle que conducía hacia su casa.

Allí había congregado un pelotón completo que cubría la calle, apostados detrás de las obras de canalización y de algunos camiones militares recién llegados junto a dos enormes y pesados tanques. Por si fuera poco, desde el cielo comenzaron a descender las dos unidades de helicópteros ultramodernos que operaban en la zona de Mallorca, y en las azoteas de algunos edificios se podían atisbar unidades de francotiradores de élite posicionadas.

Aunque había aprendido que cuando un zombi intervenía en cualquier ecuación no había nada seguro, se podía decir sin duda que la situación estaba controlada. ¿O no?

Todo iba bien, perfecto se podría decir. Los soldados apostados a pie de tierra habían tomado posiciones y cubrían perfec-

tamente el perímetro, y en cuanto la masa ingente de zombis entró en su radio de acción comenzaron a disparar contra ella. Dios sabía cómo se había llegado a formar o de dónde habían salido, pero ahí estaban; los primeros de ellos ya habían comenzado a caer al suelo uno detrás de otro. Debía de haber alrededor de quinientos, aunque a aquella distancia resultaba complicado el poder llevar a cabo una estimación más aproximada; aun así Marc se había percatado del detalle de que muchos llevaban un uniforme que no acertaba muy bien a ver de qué podía ser.

A pesar de que las bajas entre los muertos vivientes se contaban por decenas, éstos se seguían acercando. Marc tenía la esperanza de que los tanques no tuvieran que intervenir, ya que eso significaría daños significativos para la calle, que bastante en obras estaba ya. Fue entonces cuando el coronel que parecía estar al mando de la unidad recibió una llamada, torció bastante el gesto antes de colgar y se encaminó de mala gana hacia los dos capitanes que le acompañaban, quienes inmediatamente se dirigieron a la tropa que continuaba disparando.

—¡Alto el fuego!, ¡alto el fuego! —ordenó a todo pulmón uno de ellos ante el asombro del propio Marc y del resto de curiosos que estaban allí presentes y que permanecían expectantes a cuanto sucedía—. ¡Nos vamos! ¡Ya!

El tronar de las armas humeantes cesó al tiempo que un runrún comenzaba a surgir entre los presentes.

—¿Ha dicho que se van? —preguntaba un señor que debía de rondar los sesenta años.

—P-pero no puede ser —murmuró incrédulo Marc mientras veía a los helicópteros elevar el vuelo y a los tanques marcharse en retirada de la escena—. Si ya están aquí...

En efecto, la vanguardia de aquella masa de zombis caminaba lentamente hacia donde estaban todos ellos, aunque algunos avanzaban algo más rápido y estaban a apenas veinte metros. A esa distancia, Marc pudo por fin comprobar que el traje que llevaban la mayoría de aquellos seres era el de reos, por lo que no hacía falta ser muy listo para adivinar su procedencia y lo que había sucedido.

“Debió de ser una auténtica masacre”, pensó Marc intentado imaginar las últimas horas dentro de la prisión de Palma y la desesperación de todos cuantos debieron de quedarse allí atrapados mientras la plaga se iba propagando de mordisco en mordisco, de zarpazo en zarpazo. Había además algunas personas que debían de ser funcionarios de prisiones, al tiempo que algunos transeúntes seguramente atrapados al paso de aquella turba de muertos vivientes.

Marc decidió no esperar más. No entendía la escena que acababa de contemplar, pero tenía bien claro que aquél no era un lugar seguro. Se giró hacia la izquierda al tiempo que veía que de la calle paralela a 31 de Diciembre comenzaban a aparecer desperdigados algunos zombis que cortaban el paso a quienes habían optado por aquella zona para huir, iniciándose una nueva masacre. Su única opción válida era correr, como alma que lleva al diablo, hacia el este, evitando las calles paralelas a 31 de Diciembre e intentando llegar a la seguridad de su casa cuanto antes.

Pero no iba a resultar fácil. Alcanzó el Parque de las Estaciones, que atravesaba Palma de forma vertical y que llegaba hasta bastante cerca de su casa, al tiempo que veía a los primeros zombis entrar por algunas de las puertas laterales. Se imponía un *sprint* como no había llevado a cabo en su vida para cruzar los más de mil metros de parque antes de que éste se viera plagado de aquellas puñeteras alimañas.

Corrió con todas sus fuerzas, intentando no hacer caso a las indicaciones de su cuerpo que no hacían sino recordarle que, a pesar de estar en forma, lo de correr no era lo suyo, pasando en varias ocasiones a unos diez metros o menos de los zombis que ya estaban haciendo pleno acto de presencia en el parque, adueñándose del mismo.

¿Cómo demonios había sucedido aquello?, se preguntaba una y otra vez, mientras su cerebro era incapaz de encontrar respuesta y su imaginación se mostraba inútil para dar alguna explicación plausible.

La gente había ido desapareciendo de las calles. Algunos desgraciados, cuyas casas debían de estar lejos de aquel lugar,

aporreaban con desesperación algunas de las entradas cercanas, pero nadie les abría y acababan siendo atrapados inmisericordemente por aquellos seres sin mente; sin duda era una demostración más de que el ser humano no es piadoso por naturaleza y que el instinto de supervivencia es el que prima cuando llegan los momentos difíciles.

Conforme avanzaba por el parque, la cosa se iba complicando, ya que cada vez se encontraba con más y más de aquellas criaturas por el camino y, aunque las iba esquivando, era consciente de que cualquier error significaría su fin... o su comienzo, dependiendo de cómo se mirara.

Poco a poco fue reduciendo el ritmo de su carrera, ya que notaba cómo sus fuerzas le iban abandonando. Aquello de correr no era algo que se le hubiese dado nunca muy bien, y odiaba especialmente la sensación de aceleración del corazón que le provocaba y que hacía que pareciera que se le fuera a salir. Por si fuera poco, notaba cómo una sensación de pánico le iba invadiendo conforme veía lo que sucedía a su alrededor y la realidad a la que se enfrentaba, aunque en el fondo esperaba que aquello lo solucionaran las fuerzas armadas tarde o temprano, las mismas que precisamente habían desaparecido de repente en el peor de los momentos.

Finalmente, para intentar llegar a su casa, tuvo que salir del parque y girar hacia la izquierda, la zona donde más zombis había. Intentaba mantener la mente serena y despejada, cosa que no parecían haber hecho muchos, ya que continuamente veía grupos de tres o cuatro zombis dando buena cuenta del pobre desgraciado de turno al que bien le habían traicionado los nervios, bien se le habían caído las llaves al intentar entrar en casa, o quién sabe qué inoportuna desgracia.

Realmente, morir en manos de aquellos asquerosos seres era un final demasiado cruel para cualquiera, aunque sin duda en aquel caso, todos, él incluido, se lo habían buscado por intentar convivir con aquellas criaturas en lugar de exterminarlas de forma radical y absoluta.

Otra de las formas bastante recurrentes para morir en aquellos momentos era en esas ratoneras en que se acababan convir-

tiendo los coches. Los atascos y los accidentes que tenían lugar nada más surgir un brote como aquél hacían que se crearan auténticas bolsas de víctimas, fruto sobre todo de los atascos, atrapadas en unos vehículos que acaban siendo rodeados por los zombis. Marc tenía claro que en aquellas circunstancias más valía correr que encerrarse en un trasto que podía fallarte o en el que podías acabar atrapado a merced de aquellos monstruos.

Por doquier podía escuchar el sonido de explosiones, algún que otro disparo y coches que chocaban contra zombis, muros o entre ellos, dando siempre como resultado el mismo: carnaza para los no muertos. Estaba estudiado que era precisamente en aquellos momentos iniciales cuando la expansión zombi tenía lugar de forma más rápida, justo cuando la gente en plena desesperación cometía todo tipo de errores.

Él no pensaba cometerlos. Había pasado demasiado tiempo rodeado de aquellas criaturas para acabar convertido en uno de ellos o para servir de alimento de alguno de aquellos apestosos seres.

Pasados otros cinco minutos agónicos, intentando correr tanto como su cuerpo y su mente le permitían, Marc logró alcanzar su calle. Era relativamente estrecha y apenas se veían dos o tres zombis que caminaban perdidos a unos treinta metros y sin rumbo fijo entre los coches. Tendría que actuar deprisa si no quería llamar su atención y atraerlos hacia él, no pensaba protagonizar ninguna escena esperpéntica de película en la que se le cayeran las llaves mientras intentaba abrir la cerradura.

Cuando por fin estuvo delante del muro de su chalet, Marc se llevó la mano al bolsillo, notando cómo un escalofrío comenzaba a recorrer su sudoroso cuerpo. Las llaves no estaban allí. Aquello no le podía estar pasando, no a él. Intentó pensar con rapidez, antes de que la cosa se fuera complicando tal y como anunciaban las leyes de Murphy, que de hecho ya comenzaban a actuar, ya que a lo lejos se vislumbraban otros tres zombis que entraban por una de las calles que desembocaban en la suya.

Las manos le sudaban como nunca mientras buscaba infructuosamente el manojito de llaves en sus bolsillos. Nada, se le debían de haber caído por el camino. Miró el alto muro levanta-

do ante su casa con frustración, maldiciendo y lamentando lo perfecto que era y lo escrupulosamente que había cumplido sus órdenes su amigo Tony, quien sin duda se reiría de él si le viera en aquella situación.

Fue entonces cuando, sin necesidad de mirar hacia el final de la calle, supo que los zombis le habían detectado. Bien fuera por un sexto sentido o por el sonido que hacían al caminar con una nueva cadencia en el paso, el caso es que sabía que comenzaba a estar con el agua al cuello. Decidió retroceder un poco sobre sus pasos para intentar recuperar las llaves, sabedor en el fondo de lo complicado de la misión, más bien esperando encontrar alguna alternativa a todo aquello.

La cuestión es que Murphy, de nuevo, demostró lo fiable de sus leyes. Si algo puede ir mal, irá peor. No acababa de girar la esquina cuando se dio de bruces con lo que debía de ser el pecho de uno de los zombis; con tal fuerza chocó que el pobre muerto viviente perdió el equilibrio y cayó al suelo de espaldas, a la vez que Marc notaba cómo su cara quedaba impregnada de restos de aquella criatura maloliente, incluyendo su boca, en cuyo interior tenía lo que debían de ser restos de carne putrefacta, provocándole todo ello un profundo retortijón de estómago y numerosas arcadas que hicieron que acabara vomitando del asco.

Quién sabe si el vomitar todo aquello que se le había introducido en la boca y más –debió de hacer un limpiado de estómago total– hizo que no se infectara, o si aquélla no era una forma de contagio, ya que a esas alturas conocían algunas maneras pero no estaban seguros de si había más. Estaba claro que un simple rasguño de aquellos seres te *contaminaba*, pero quién sabe si a través del paladar se podía transmitir. Marc esperaba de corazón que no, y al menos a esa conclusión llegaron en los Estados Unidos con las pruebas que habían llevado a cabo; sin embargo, que él supiera, no había ejemplos claros con seres vivos no contaminados, y todo se basaba en hipótesis, experimentos animales y similares.

Cuando pudo recuperarse, el zombi hacía lo propio y ya se estaba reincorporando, observando a Marc con desprecio e incluso podría decirse que rabia por haberle provocado tamaña

humillación. Seguramente se trataba de su imaginación, ya que era perfectamente consciente de la carencia a nivel emocional de aquellos seres. Pero el caso es que en aquellos momentos, Marc no podía retroceder sobre sus pasos para buscar las llaves y la cosa se iba complicando por momentos.

Giró de nuevo hacia su calle y vio cómo los zombis que se aproximaban hacia él habían capturado al señor Rossetti, un vecino suyo algo torpón que ahora pagaba un alto precio por su falta de forma física. Por suerte o por desgracia, Marc no tuvo tiempo de ver cómo los zombis acababan de devorar al señor Rosetti, y tuvo que conformarse con escuchar sus espeluznantes alaridos de dolor, ya que en esta ocasión fue él quien acabó en el suelo de bruces. Algo le había golpeado por la espalda.

Tuvo tiempo de girarse y ver cómo su vecina, la jovencita morena de pelo largo a la que solía contemplar tumbada en bikini junto a su piscina, prácticamente le placaba en su carrera por alcanzar la puerta de su casa al no haberle visto al girar la calle. Estaba claro que ella también intentaba escapar de los zombis. Justo cuando intentó pedirle ayuda, ésta reaccionó de forma violenta, como poseída, o mucho peor, infectada.

— Aléjate de mí, maldito hijo de puta — exclamó su vecina con toda la fuerza que la tensión y la rabia del momento le permitieron, a la vez que el pobre Marc no podía evitarlo y volvía a vomitar, esta vez encima de la joven —. ¡Hasta muerto tengo que aguantar tus babas!

La chica se lo quitó de encima como pudo, dándole golpes y patadas, al tiempo que Marc intentaba calmarla.

— ¡Estoy vivo, estoy vivo!, aunque no lo parezca así embadurnado, pero he perdido las malditas llaves y no puedo entrar en mi casa. Necesito ayuda.

Al tiempo que la vecina se incorporaba, sin quitarle un ojo de encima y clavándole el tacón del zapato en el pecho para que no se levantara, metió la mano en su bolso y sacó con una velocidad inusitada las llaves. Marc no se movía y permanecía en silencio, rezando para que la joven se apiadara de él.

— Por la pinta que llevas parece estar herido por una de esas bestias.

— ¡No, lo juro, ni un simple roce! El único herido es mi orgullo por haber sido tan necio de perder las llaves y por chocar contra uno de esos animales sin ni siquiera verlo.

Teresa, que así se llamaba la joven hija de papá vecina de Marc y con la que apenas había cruzado palabra hasta aquel momento, abrió la puerta exterior que daba paso a su pequeño chalet y miró con cierta repugnancia a Marc.

— Uhm... ok, adelante, pero al más mínimo síntoma de enfermedad te reviento los sesos con lo primero que pille.

— No tienes de qué preocuparte, de hecho no te molestaré mucho, el tiempo suficiente de lavarme y encontrar la forma de entrar en casa...

Marc siguió a Teresa al interior del chalet de ésta. No era muy grande, de dos plantas y de reciente construcción, seguramente regalo de los padres de la joven, de familia tradicional mallorquina con *posibles*. La decoración resultaba minimalista y seguramente fruto de la mente de algún *ornamentador* de interiores carísimo, predominando el mármol, el color blanco y los adornos metálicos, por lo que Marc, además de apestar literalmente la casa, iba dejando una huella de suciedad a su paso.

— No te preocupes, puedes entrar tranquilo — dijo Teresa mientras dejaba su chaqueta sobre el sillón de piel color beige y se quitaba sus zapatos de tacón de aguja de diez centímetros con los que Marc no alcanzaba a entender cómo había podido llegar corriendo hasta allí—. Luci lo limpiará todo, todito, todo mañana cuando venga... Huy, si es que viene, claro.

Marc sonrió al tiempo que intentaba reflexionar sobre la última media hora de locos por la que había pasado, intentando pensar en el infierno que se había desatado fuera, en las causas del mismo y en las consecuencias a corto y medio plazo. De momento, al resguardo de aquellas paredes, se sentía protegido, y estaba claro que era cuestión de tiempo que las fuerzas armadas españolas, europeas o internacionales hicieran acto de presencia y tomaran el control, al contrario de lo que lamentablemente había sucedido con los cobardes soldados apostados al principio de la calle 31 de Diciembre.

En ésas estaba cuando se dio cuenta de que la joven llevaba unos segundos diciéndole algo, aunque con un tono bajo y una voz de pito que hacían que no se hubiese ni percatado.

—Si te quieres duchar, hay un baño en esta planta que puedes utilizar, aunque intenta dejarlo todo igual de limpio que está, no sea que mañana no venga Luci y se tenga que quedar mal durante días y días.

Marc pensó en declinar la oferta, pero finalmente decidió quedarse y, una vez estuviese más tranquilo y relajado, saltar el muro hasta su casa. El baño en cuestión era prácticamente nuevo, se notaba que casi nunca se usaba, por lo que casi lo disfrutó más; puso el agua de la ducha todo lo caliente que pudo y se sentó en el escalón a modo de silla que había en la enorme bañera, relajándose y escuchando el hilo musical que sonaba de fondo mientras todo en la habitación se impregnaba del vaho provocado por el agua caliente.

Tanto se relajó que bajó las defensas y ni siquiera escuchó cómo la puerta del baño se abría.

Capítulo 3

Vecinos y caminantes

Decir que Marc necesitaba aquella ducha relajante como el comer era quedarse corto en muchos aspectos. Durante unos diez minutos se olvidó por completo del mundo exterior y de lo que estaba sucediendo, centrándose únicamente en sí mismo, dedicando de vez en cuando un pensamiento rápido al tipazo de la vecinita, que estaba realmente buena.

Fue entonces cuando se giró hacia la puerta y se llevó un susto que le sacó de sus pensamientos por completo. Ahí de pie, observándolo con mirada curiosa y algo picarona, estaba la vecinita en cuestión.

— ¡Se puede saber qué demoni...!

— Vaya, un hombre pudoroso, jamás me lo hubiera imaginado — dijo Teresa quitando hierro al asunto —. Sólo te traía una toalla; nadie usa normalmente este bañito y me acordé de que no había nada con lo que te pudieras secar... y no pude evitar fijarme en ese culo que, la verdad, no pega con la idea de “culo de científico” que tenía en mente, al igual que *lo otro*...

Marc se tapó con una de las manos la entrepierna al tiempo que alargaba la otra para recoger la toalla que le ofrecía la simpática vecina, que le estaba realizando un escáner corporal en toda regla.

— Me parece de bastante mal gusto ese comentario, por no hablar de sexista; de haber sido al revés ya hubieras llamado a la policía... aunque dudo que hubieran venido en las circunstancias actuales.

»Veo, por otro lado, que me has reconocido.

—Sí, es complicado no hacerlo con todas las veces que has salido por la tele en esos aburridos programas de debate científico de IB3.

—No debían de ser tan aburridos cuando me invitaron tantas veces —replicó Marc algo molesto mientras se tapaba con la toalla—. Supongo que alguien habría viéndolos.

—Puro relleno, que yo sé cómo van esas cosas.

Marc no se molestó en replicar, tenía demasiado en lo que pensar y aquella joven le había devuelto a la realidad. Lo primero que tenía que hacer era llegar hasta su casa, y luego ya buscaría la forma de intentar ver qué había sucedido y la extensión de todo aquello.

Los dos chalets eran colindantes, por lo que simplemente le bastaba con apoyar la escalera que Teresa tenía en su jardín para cruzar hasta su casa. O eso pensaba; por suerte o por desgracia, el muro que había levantado era lo que se podría definir como “bastante alto”, por lo que tuvo que apoyar la escalera sobre una improvisada montaña de medio metro de alto hecha con trastos que Teresa tenía tirados por el jardín. Aun así, le quedaba alrededor de un palmo para llegar arriba, por lo que tuvo que hacer ejercicios malabares para asirse de lo alto del muro, justo en el momento en que la base de trastos cedía y la escalera caía. Marc agradeció estar en forma, ya que pudo elevarse con sus brazos, aunque de forma costosa, logrando sentarse a horcajadas en lo alto del muro, contemplando desde allí arriba el estado de la barriada. Aquí y allá había algún incendio esporádico, a la vez que alcanzó a observar a algunos zombis devorando a algún pobre desgraciado que había caído en sus garras.

Tras tomar algo de aire, decidió bajar para no llamar mucho la atención. Cuanta menos gente y zombis supieran que estaba allí, mejor. Poco a poco, agarrándose con las manos en lo alto del muro, se dejó caer con la firme y única idea de no torcerse nada, pues lo tendría complicado para que le pudiera visitar un médico, o al menos uno que estuviera vivo y no deseara devorarlo el cerebro y el resto del cuerpo.

Afortunadamente, la llave de la cristalera corredera estaba bajo la tercera maceta situada junto a la piscina, por lo que no tuvo problemas para entrar. Lo primero que hizo una vez dentro fue poner la televisión en busca de alguna posible noticia al respecto. Como no podía ser de otra forma, todas las cadenas nacionales e internacionales no hablaban de otra cosa, sólo de la situación que estaba teniendo lugar en la isla desde hacía unas horas, aunque había detalles de las distintas narraciones que no le acababan de cuadrar. Inicialmente, a lo largo de las primeras horas, parecía que los informativos se habían coordinado para darle un enfoque de forma que pudieran transmitirlo sin crear más alarma social de la necesaria, un tema que el gobierno y la Iglesia parecían tener especial interés en cuidar. Pero posteriormente hubo un cambio radical en la noticia: hablaban en un término de pasado que Marc no llegaba a entender. Daba la sensación de que, por lo que decían, las islas enteras –ya que hablaban de las Baleares– habían sucumbido a la plaga Z. Se culpaba de la aparición de la misma a una masiva llegada de pateras a las costas junto a un rebrote de la posible cepa mutante con una virulencia sin precedentes, fruto de la existencia en Palma de un zoológico de zombis y del –y aquí Marc casi se cae de espaldas– contagio que habría podido causar un científico nativo recién llegado de los Estados Unidos y que se pasaba el día rodeado de aquellos seres, y que podía haber sido la Zona Cero de todo aquello.

Marc no se lo podía creer. Aquel científico *apestado* al que se referían era sin duda él, aunque por mucho que se mirara no se veía indicio o manifestación alguna de la plaga. Había llegado incluso a mirarse a un espejo no fuera ser que se hubiese transformado en zombi y él ni se hubiese dado cuenta y siguiese pensando como un humano a pesar de estar “zombificadamente” infectado.

En todos los canales se veían tomas aéreas de las islas, con únicamente zombis caminando por las calles, dando un alarmante 2% en lo que a población superviviente se refería, achacando como culpable de ello a las navideñas fechas en las que se encontraban, lo que había provocado que mucha gente se

hubiese visto atrapada por la avalancha de zombis en plena cabalgata de Reyes por un lado, y de compras de última hora por el otro.

La humanidad había preconizado a los cuatro vientos el creer estar preparada para una segunda venida; aquello demostraba que no era, ni mucho menos, cierto. La gente había aprendido demasiado bien a vivir acompañada de aquella amenaza, haciendo que se le quitara la importancia que obviamente tenía el no haber erradicado, bien por capricho, bien por curiosidad o interés científico, aquella plaga.

De todas formas, a Marc se le antojaba una estimación más bien derrotista la del 2%, ya que era obvio que había mucha más gente viva y encerrada en sus casas que la que daban las estadísticas de los informativos.

El día fue pasando y en ningún momento se anunciaron medidas de ningún tipo al respecto, no se dio dato alguno que pudiera dar algo de esperanza a las cientos o miles de familias que permanecían angustiosamente encerradas en sus casas, viendo cómo las calles habían sido tomadas por aquellos seres sin cerebro.

Los días posteriores no fueron precisamente más alentadores que el primero. De hecho, fueron precisamente todo lo contrario. Parecía como si todos los medios de comunicación estuvieran informando sobre una realidad paralela que nada tenía que ver con aquélla, ya que según se decía, las islas se habían puesto en cuarentena y nadie podía entrar ni salir de ellas. Nada sobre las causas que pudieron provocar aquello, ni sobre los supervivientes, ni mucho menos sobre las medidas que se iban a tomar más allá de no permitirse la entrada o salida de nadie de la zona, que pasaba a permanecer bajo control y jurisdicción militar.

Poco a poco, la noticia, como suele pasar, dejó de serlo, y una semana después de los incidentes todo el mundo se había olvidado de las Baleares; incluso se habían convertido en un tema tabú evitado en los informativos, desapareciendo inclu-

so la imagen de éstas en el mapa isobárico del hombre del tiempo.

Había demasiadas cosas que no encajaban dentro de la racional cabeza de Marc, que llevaba días intentando hacer funcionar su teléfono móvil o contactar con alguien por Internet. Pero nada de nada, parecía como si las comunicaciones de salida estuvieran, como vulgarmente se dice, capadas.

Marc no era precisamente amante de las teorías conspiratorias, pero cuando, al noveno día, vio pasar una patrulla de soldados paseando por la calle al lado de un tanque, sin hacer caso a sus gritos, sospechó que había algo que no cuadraba. Un vecino salió al encuentro de los soldados pero fue escuetamente instado a alejarse de ellos, primero con unas breves palabras y posteriormente con un fuerte golpe con la culata de un fusil.

Y lo peor es que aquella patrulla no parecía destinada a eliminar a los zombis que merodeaban por las calles, ni mucho menos, sino que se limitaban a ir de un lado a otro intentando evitarlos en la medida de lo posible, en lo que parecía ser un sentimiento recíproco, ya que éstos parecían haber establecido un acuerdo tácito y rara vez se acercaban a los militares como si supieran el destino fatal que les esperaba.

Las sensaciones de Marc iban desde la frustración a la curiosidad, pasando por la incertidumbre y la desesperanza. Vivía bien, no se podía quejar, recluido como estaba en su casa adecuada precisamente para una ocasión como aquélla, aunque siempre había esperado que nunca se presentase, que fuese como un seguro que lo contratas con la esperanza de no tener que usarlo nunca.

Fue al duodécimo día cuando la rutina diaria que se había establecido en la vida de Marc se rompió notablemente. Se encontraba leyendo tumbado en el inmenso y luminoso salón de su casa, rodeado de inmensas cristaleras a prueba de balas, cuando oyó un ruido en el jardín. Apagó el reproductor de MP3 y escuchó atentamente cualquier sonido que proviniese del exterior. ¿Había logrado alguno de aquellos engendros putrefactos romper la seguridad de su casa? ¿Había fallado algo en el sistema y la puerta que daba al exterior se había abierto?

Cogió la pistola que nunca estaba a más de un metro de él y decidió echar un vistazo por la cristalera, apoyando ligeramente su cara en la misma. Fue entonces cuando recibió el mayor susto que recordaba en mucho tiempo; una cara apareció de repente.

— ¡Buh! — dijo una joven voz femenina.

Se trataba de Teresa, que por lo que parecía estaba jugueteando, aunque maldita la gracia que le hizo a Marc, a quien le dio un vuelco el corazón.

— ¿Se puede saber qué demonios haces en mi puto jardín?! — exclamó Marc algo fuera de sí —. O sales ahora mismo de él o te vuelo la cabeza, loca del demonio.

— Disculpa, guapetón, no esperaba que te lo tomaras así, si lo llevo a saber te traigo pañales — dijo Teresa intentando relajar el ambiente, aunque viendo que la cosa no mejoraba decidió cambiar de táctica —. Disculpa, reconozco que no ha sido una idea precisamente buena, pero los teléfonos no funcionan, casi nunca sales al jardín...

— Sí, supongo que ayuda en algo el frío que hace ahí fuera — contestó algo más calmado Marc —, pero sigues sin decirme qué demonios haces en mi jardín.

— Busco algo de compañía, estaba ya aburrida de estar sola, mi novio no ha aparecido y comienzo a sospechar que pudiera haber acabado mal...

— Muy perspicaz la señorita, pero será mejor que te vayas cuanto antes o cogerás un buen resfriado, y dudo que algún médico venga hasta aquí a recetarte algo.

— ¿Estás seguro? — dijo Teresa con un tono meloso y hechizador que hubiera derribado las murallas de Jericó, mientras se abría el abrigo que llevaba y que le llegaba hasta las rodillas, dejando al descubierto su hermoso, joven y escultural cuerpo, sostenido por unos zapatos de tacón alto marca de la casa y cubierto únicamente por la lencería negra de encaje más sexy que Marc hubiera visto nunca, incluso en películas porno.

Marc calló durante unos segundos, reflexionando sobre la escena que tenía delante sin saber muy bien qué pensar. Normalmente no era, como todos los hombres, muy hábil para

interpretar las señales femeninas de cortejo, pero aquello era algo que hasta un ciego habría visto.

—C-creo que será mejor que pases —dijo Marc, sin tener muy claro qué paso dar o lo que se esperaba que hiciera en aquellos momentos.

Teresa entró en la casa y dedicó unos instantes a llevar a cabo un escáner del salón.

—Jamás hubiera imaginado que tuvieras tanta clase y buen gusto decorando —dijo Teresa con la boca abierta de un modo en que sólo una pija de verdad era capaz de lograr—. Ni taaanto dinero, porque hay cosas caras de narices. No sabía que el pensar diera tanto dinero.

Marc decidió callar como una puta y no mencionar a la decoradora de interiores contratada por su buen amigo Tony y que había llevado a cabo todo aquel trabajo a cambio de una más que cuantiosa suma de dinero. Por lo que parecía, la decoradora había hecho bien su trabajo y estaba a punto de amortizarlo.

—Gracias, se hace lo que se puede; supongo que es mi vena sensible que aflora cual primavera y deslumbra como el sol del atardecer. —Marc no entendía muy bien qué demonios estaba haciendo, por algún extraño motivo su puñetera mente o su subconsciente estaban intentando impresionar a aquella joven de tan buen ver. Era de suponer que el llevar tanto tiempo sin echar un polvo ayudaba, ya que la última vez que tuvo sexo más allá de las paredes del baño fue en los Estados Unidos, con la amiga de una compañera de trabajo, una atractiva asiática que, por qué no decirlo, lo hacía de pena.

—Se ve que tienes estudios —acertó a decir Teresa con la actitud babeante de quien no ha entendido mucho pero deduce que acaba de escuchar algo importante.

—Eres muy amable. Yo estoy seguro de que esa belleza exterior que resulta obvia para cualquier mirada palidece ante todo lo que seguramente eres capaz de hacer —replicó Marc intentando buscar una forma de alabar a aquella cenutria más allá de lo vulgar que resultaría ceñirse únicamente a su belleza, aunque seguramente era lo que realmente le gustaría.

—Queeee amable. Son las palabras más bonitas que he escuchado en mucho tiempo... Claro que hace tiempo que no hablo con nadie, desde que aparecieron de nuevo los zombis. ¿No sabrás qué ha podido pasar, verdad? Tú que eres tan listo que seguramente tendrás alguna explicación, porque lo que he escuchado por la televisión no me parecía que tuviera mucho que ver con lo que estaba pasando.

Marc alucinó; hasta aquel alma cándida de Dios, aquella joven belleza que no se había molestado en cultivar su cerebro en sus poco más de veinte años de vida, se había dado cuenta de que había algo que no cuadraba en todo aquello. Pero semejante detalle era algo secundario en aquel momento, la curiosidad de su cerebro debería esperar, ahora había otra necesidad más acuciante a la que responder y que cubrir, algo más primario y animal.

Él siempre había intentado creer, infructuosamente casi siempre, todo sea dicho de paso, en la necesidad del amor antes de pasar al sexo, y en aquel momento notaba cómo sus principios estaban a punto de derrumbarse de nuevo frente a Teresa. Qué demonios, la chica estaba buscando guerra y guerra tendría.

Decidió no volver a abrir la boca, o al menos no usarla para hablar, acercándose a su vecina y deslizando su mano por la espalda hasta su culo. Y por Dios, qué culo. Sin duda era el más firme que había tocado nunca; si el resto del cuerpo estaba a la altura del trasero, podía ser una experiencia inolvidable. Antes de que pudiera darle un beso, Marc notó como ya tenía dentro de su boca la lengua de Teresa, que desde luego no era lo que se dice una *partenaire* pasiva, ya que comenzó a moverla con frenesí logrando excitarle como nunca.

“Poco a poco, poco a poco”, se decía Marc una y otra vez, “recuerda los preliminares, no vayas demasiado deprisa o se molestará; caricias en la espalda, toques en el culo, besos en el cuello, en la mejilla...”. En eso estaba él cuando notó cómo la mano de Teresa le agarraba la suya y la conducía hasta uno de sus pechos al tiempo que le decía:

—No te cortes, apriétalas con fuerza, son todo tuyas.

Marc no recordaba haber tenido una erección como aquélla en su vida; la falta de riego sanguíneo en su cerebro debía de ser total, llegando a dudar de si en aquellos momentos sería capaz de llevar a cabo una simple suma sin decimales.

Y aquello fue sólo el principio. Aquella mujer era una verdadera fiera, un ser insaciable que le mantuvo ocupado durante las cinco siguientes horas en las que fueron del salón al dormitorio, del dormitorio al salón...

Aquel día, Marc pudo comprobar que, efectivamente, la naturaleza era sabia. Aquella joven podía ser tonta de remate, podía no haber leído un libro en su vida ni saber encender un ordenador, pero era una diosa del sexo y en la sociedad en la que vivían con aquello bastaba para llegar lejos, y si encima tenías dinero como era el caso de ella...

Para cuando Teresa se fue, ya era de noche, y casi lo agradeció. Estaba al borde de la extenuación, y de haber tenido diez años más, no dudaba en absoluto en que habría fallecido a la tercera hora de un infarto. Aquello era algo que tenía que contarle a Tony en cuanto lo viera, si es que había sobrevivido y lo veía de nuevo alguna vez.

Capítulo 4

Amigos y enemigos

Los días fueron pasando y, aunque Marc se repetía una y otra vez que tenía que hacer algo por descubrir más datos sobre lo que estaba pasando, su mente estaba continuamente en otro lado. Más en concreto en el chalet de su vecina, a unos veinte metros del salón donde solía pasar la mayor parte del día viendo la tele, único sistema de contacto con el exterior que parecía mantenerse, leyendo o junto a su vecina. La escena de amor y sexo inicial se repitió día tras días, y la cosa, aunque pudiera parecer mentira inicialmente, fue mejorando.

Verdaderamente, Marc podía decir que vivía en el Paraíso, y aunque se sentía fatal consigo mismo, no podía remediarlo. Tenía casi todo lo que un hombre podía pedir gracias a lo previsor que había sido con respecto a la comida y bebida, y encima estaba el plus de la vecinita. Únicamente le faltaba alguien con quien compartir batallitas, alguien a quien confesarle sus viles pecados masculinos.

Pero como solía pasar en épocas convulsas como aquélla, lo bueno no suele durar y es sólo susceptible de empeorar, como estaba a punto de descubrir Marc.

Debían de ser alrededor de las cinco de la tarde y, como venía siendo habitual, recibió la visita de Teresa, que ya venía tan corta de ropa como de mente. Comenzaron con los preliminares, y alrededor de media hora después, Marc escuchó cómo algo se estampaba contra la cristalera del salón, que aguantó el impacto resquebrajándose sólo un poco.

La lasciva pareja detuvo el lúdico juego del amor de inmediato y dirigió su mirada hacia el exterior, donde pudieron ver a un ser furibundo que los observaba.

“¿Cómo ha logrado entrar ese zombi aquí?”, fue el primer pensamiento de Marc, cuya única preocupación parecía ser la de ver invadida su casa por alguno de aquellos seres sin cerebro.

Durante los segundos en los que Marc intentó situarse un poco, notó cómo el semblante de Teresa palidecía por completo, parecía casi un cadáver.

—¿E-estás bien, Teresa? —preguntó Marc apartando unos segundos la vista del exterior.

—S-sí... es que, ése de ahí es Rafa, mi novio.

—¿Qué?! ¿El zombi de ahí fuera es tu novio? —dijo Marc dándose cuenta en ese momento de su error; se giró de nuevo justo en el momento de ver cómo el supuesto cristal a prueba de zombis reventaba delante de él, tras recibir un estruendoso disparo de bala.

En efecto, el tipo calvo que estaba fuera enloquecido de ira no era otro que Rafa, el supuestamente muerto novio de Teresa, que acaba de disparar a bocajarro al cristal reventándolo y dejando a la parejita frente a él.

—Zorrón del diablo, meretriz del averno, guarra asquerosa... ¿se puede saber qué demonios haces con este piltrafilla enclenque, con este tirillas poca cosa? —dijo un encolerizado Rafa entre exabruptos, mientras sus mejillas iban tornando del rojo al granate, adquiriendo el tono que Teresa había perdido al creer estar en presencia de un fantasma.

—N-no ha sido nada, es que estaba tan solita...

—¿Nada?! Será mala pécora la tía, ¡pero cómo puedes decir que no fue nada si se os oía desde tu casa! Si he ido a buscarte y cuando no te he visto y había perdido la esperanza de reencontrarte te he escuchado gimiendo como una perra en celo. ¡Si todo el puto vecindario debe de saber a estas alturas el número de cuernos que calzo!

—Bueno, mejor eso que estar por ahí pululando de un lado para otro sin vida —dijo Marc recordando cómo, en efecto, más

de una vez le parecía haber visto a algún mirón mientras lo hacían en el comedor, expuestos al exterior por la inmensa cristallera de cristal del salón.

—Tío, ¿te estás riendo de mí? —respondió el musculoso y despechado novio.

—No, no... qué va, ni se me ocurriría —reflexionó Marc al darse cuenta de que el tipo aquel no sólo era un armario con patas, sino que llevaba un arma que podía volarle *cualquier* parte de su cuerpo en apenas un instante y joderle la vida para siempre—. Esto no es lo que parec... verás, la soledad...

—La Soledad no, la Teresa, se llama Teresa... —dijo Rafa en un intento de llevar más la razón y tal vez de poner en evidencia al científico sabelotodo.

—Como sea, el caso es que la carencia de...

—¿*Calencia*? —preguntó Rafa.

—Sí, la falta de cosas nos ha hecho enloquecer, estábamos solos y...

—Y te la beneficiaste, puliste, cepillaste, trincaste, pasaste por la piedra —dijo Rafa, en una demostración de que sus carencias lingüísticas tenían honrosas excepciones con algunas acepciones del diccionario bastante determinadas.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —dijo una cuarta persona, incorporándose al grupo.

—¿Tony? —preguntó Marc al ver llegar a su mejor amigo que acababa de saltar por la valla volando cual Spiderman y del que no sabía nada desde hacía semanas.

—Sí, joder, menuda hay liada ahí fuera —dijo Tony intentando recuperar algo de oxígeno.

—¿Cómo has pasado por encima de la valla? —preguntó Marc.

—Una pértiga. Hacía días que pensaba en cómo acceder hasta aquí pasando por encima del puñetero muro que yo mismo mandé levantar siguiendo tus instrucciones, y finalmente se me ocurrió lo de la pértiga, que he traído conmigo por media Palma —dijo exagerando bastante—. Mejor ni te cuento.

—¿Os conocéis? —preguntó el novio lumbreras algo más relajado aunque sin soltar la pistola.

—Claro que sí, guapetón, aquí el Marc es mi novio —respondió Tony, oliéndose lo que estaba sucediendo e intentando poner fin a todo aquello de una forma pacífica.

—Ah, ¿que es maricón? —dijo Rafa con los ojos abiertos como platos—. Pero entonces, los ruidos...

—Fingía, cariño, fingía... al pobre no se le levanta ni queriendo —respondió rápida Teresa, al tiempo que Marc pensaba: “Vaya, pues no es tan tonta como parecía”.

—Ya, eso son las *calencias* que decía él antes —dijo Rafa al tiempo que Tony decidía dar un paso más al frente y plantarle un beso en los morros a su amigo, que resignado aguantaba la escena por el bien de todos.

—Cuánto mariconeo, cariño —dijo Rafa ante la escena con la misma cara de asco que pondría un crío de cinco años al ver ante sí la comida que más despreciaba—. Venga, vámonos antes de que se nos pegue algo. Suerte que he llegado pronto o te hubieras convertido en una de esas *rolleras*.

Sin esperar a que la feliz pareja saliera por la puerta, Tony y Marc se fundieron en un fuerte abrazo que duró varios segundos.

—¿Qué demonios hacías con esa tía?!, no es de tu... estilo —dijo Tony asomando la cabeza por la destrozada vidriera y echando un último vistazo al espectacular culo de Teresa, que justo se encontraba subiendo por el muro con la ayuda de su novio.

—En época de necesidad no hay estilo que valga, aunque estoy seguro de que esa misma pregunta se la está haciendo a ella en estos momentos el cenutrio de su novio —respondió Marc mientras miraba el estado desastroso en que había quedado su salón, lleno ahora de cristales.

—No te preocupes, que para algo pagas a una asistente —dijo Tony, adivinándole el pensamiento—, aunque me temo que tendrás que conformarte conmigo, y durante una buena temporada, porque yo no salgo ahí fuera hasta dentro de un par de semanas. No veas qué día llevo; espero que no os lo hayáis comido todo entre tu amiguita y tú.

—Sabes que siempre he sido ahorrador, desde que éramos pequeños e íbamos al parvulario —respondió Marc mientras

sacaba un par de copas del mueble-bar que tenía en un rincón del comedor—. Pero dejémonos de formalismos y tonterías y vayamos al grano: ¿dónde has estado todo este tiempo? ¿Has descubierto algo de lo que está pasando?

— ¡Eh, poco a poco, camarada!, que soy un empresario carpintero, no un agente del servicio secreto de inteligencia... aunque haya podido hablar con uno hace unos días —dijo Tony, exagerando de nuevo—. Llevo un día ahí fuera corriendo entre zombis y he podido descubrir alguna cosa gracias a una radio. No es como la primera vez, eso te lo aseguro. Ahora podríamos salir y llegar hasta la catedral prácticamente sin problemas. Son muchos menos, aunque no sé de dónde, pero van apareciendo nuevos.

— Eso es algo que me ha llamado la atención; quien más quien menos está armado y no paro de escuchar a gente disparando desde sus casas —dijo Marc—. Aquí mismo, mis vecinos *voyeurs* de enfrente han acabado ya con cuatro de esos caminantes, aunque con la puntería que tienen creo que han empleado ya todas las balas de que disponían.

— Sí, esta vez me temo que hay algo más aparte del contagio —añadió Tony.

— Mira que llevaba tiempo preconizándolo —suspiró Marc.

— Siempre has sido algo agorero, en eso te doy la razón —dijo Tony—. El caso es que lo que está claro es que hay muchos zombis “de nueva generación”. Hasta donde sé, el foco inicial tuvo lugar en la cárcel de Palma y a partir de ahí se extendió poco a poco hasta formar la turba que bajó por 31 de Diciembre. Todo hubiera acabado ahí si el ejército hubiera hecho lo que debía, pero no, se tenían que retirar.

» Los policías no tardaron en reaccionar y formaron dos barricadas a ambos lados de las Avenidas, una cerca de la Plaza de España y otra de los Institutos. El problema es que no fueron suficientes y cayeron como moscas hasta que algunos se reubicaron en las escaleras de la Plaza Mayor. A partir de ahí, las dos siguientes horas, hasta que la gente se organizó, fue una auténtica carnicería; el Corte Inglés estaba abarrotado de gente haciendo las últimas compras de Reyes y las ramblas

estaban atestadas de padres con hijos viendo o esperando a ver la cabalgata.

— ¡Dios, no quiero ni pensar en la encerrona que debió de ser el Corte Inglés!

— Efectivamente. Al parecer lo rodearon en apenas unos minutos y no salió prácticamente nadie con vida de allí — siguió contando Tony —, aunque doy fe de que por lo menos en la zona del ático queda alguien con vida.

»Lo de la cabalgata ya fue otro cantar. Nada más aparecer los primeros zombis, los comentarios de los padres que los vieron fueron del tono: “Qué mal gusto, ¿a quién se le ha ocurrido la idea de traer a figurantes haciendo de zombis, no tenemos ya bastante con el dichoso zoo de las narices? ¿Qué será lo próximo: Reyes Magos zombis?”. Pero no, por desgracia eran de verdad; muchos padres y madres murieron intentando salvar a sus hijos... Incluso a mí se me ponen los pelos de punta.

— Aun así no me cuadra, sigue habiendo demasiados para no haber salido del cementerio — reflexionó Marc —. Además, ¿y los medios de comunicación?, ¿y el ejército? A estas alturas esto ya debería de estar bajo control, y parece que nos hayan abandonado, tirado la llave al agua y olvidado de todos nosotros.

— Tengo mi teoría al respecto: creo que inicialmente se expandieron por los pueblos cercanos, donde la gente estaba mucho menos preparada y fueron cayendo como moscas — explicó Tony —, luego poco a poco fueron regresando a *Ciutat*, tal y como venía siendo costumbre en muchos de ellos cuando estaban en vida.

— Aun así son muchos, y cada día son más — siguió meditando Marc —; parece como si los trajeran en barcos.

— No, más bien los vivos se están transformando — dijo resignado Tony.

— Eso es imposible por completo — dijo incluso algo enfadado Marc —. Sabes que precisamente ésa es una de las cosas que estuvimos estudiando en Estados Unidos en mi departamento durante años, y no dimos con ninguna prueba concluyente que hiciera siquiera sospechar que el virus parasitario Z del ADN se

transmitiera de una forma que no fuera la física. Resumiéndolo mucho, debía de haber contacto de fluidos o de algún material de ADN. Punto. Un mordisco y un contacto con su saliva, un simple arañazo, y a cruzar los dedos para no infectarte... Pero nada más. Lo hemos estudiado mucho para ver si podía mutar de alguna forma y no se nos ha podido haber pasado nada por alto al respecto, siempre fuimos muy meticulosos.

— Ya, pues espera a verlos correr, cosa que en teoría tampoco era posible — dijo Tony mientras observaba la reacción en la cara de Marc, que lo miraba incrédulo—. Ha habido uno que casi me caza y que corría como alma que lleva el diablo.

Capítulo 5

El incorregible Tony

Algunos días antes.

Las Navidades no eran la mejor época del año para un crápula irreductible como Tony. Soltero de toda la vida, lo único que le gustaba de esas fechas era que al menos tenía dos polvos asegurados, el de Nochebuena y el de Nochevieja, porque, como él mismo pensaba, hay que ser muy inútil para no ser capaz de ligar ni siquiera en esas dos noches del año. Y no es que a él le costara ligar, pero al menos así tenía más donde escoger.

Apreciaba a las mujeres y lo que representaban: esa lucha constante contra todo, ese espíritu por comprender el infantilismo perenne tan natural de los hombres... Y sobre todo lo que significaba el tener que aguantar a tipos como él como pareja, porque aunque no hubiese estado nunca casado, había otros peores que él. Ellas tan limpias, ellos tan guarros; ellas tan arregladas, ellos tan desaseados; ellas tan románticas, ellos tan salidos. Obviamente, al principio de una relación el hombre actúa, pero al final siempre acaba dejando salir al monstruo que lleva dentro, y primero es un calcetín aquí y luego acaban siendo los calzoncillos tirados diariamente en el bidé para que los recoja *la criada*. Por supuesto que hay excepciones, lo que no era su caso. Él pasaba de esa guerra de sexos y se declaraba públicamente como neutral y como el eterno Peter Pan con miedo al compromiso, que realmente era más bien imposibilidad por lidiar con el sexo contrario más de tres noches seguidas.

Y en esos dimes y diretes estaba, recogiendo trastos en el taller de carpintería en la nave que se había montado en las afueras de la ciudad y en la que tenía contratados a seis machacas a los que les comía la cabeza cada día con teorías como aquella de la guerra de sexos, cuando escuchó lo que ineludiblemente identificó como disparos. Había escuchado demasiados a lo largo de su vida, como el resto de los menores de veinticinco años, cuando la humanidad entera vivió lo que podría ser considerado como una “pelota de partido” y se enfrentó cara a cara y de forma literal a la muerte.

Asomó la cabeza por la ventana de su despacho en la segunda planta de la nave y comenzó a temerse lo peor; había numerosas columnas de humo, gente corriendo de un lado para el otro y lo que era ya el comienzo de un enorme atasco de coches. ¿Podía tratarse de otro simulacro sorpresa? Lo dudaba mucho, había habido uno hacía algunos años en el Paseo Marítimo, enfrente del Hotel Palace Atenea, y el caos y la confusión que se habían creado bastaron para desechar esa estúpida idea para ocasiones venideras; murieron tres personas, incluyendo a la subdirectora del hotel, aplastada por los clientes que salían en manada en plena estampida. Aquello le costó la cabeza a la ingeniosa alcaldesa y a algunos *consellers*.

Tony rezó para que sus peores pesadillas no se cumplieran y bajó hasta la planta de abajo.

—Cerrad inmediatamente las puertas, las dos. El que quiera salir que lo haga ahora, aunque por lo que he visto podría tener problemas —dijo Tony al tiempo que asía un sólido y genuino bate de béisbol que tenía colgado en la pared desde hacía tiempo por si se presentaba la ocasión de tener que usarlo.

Dos jóvenes argentinos que trabajaban allí desde hacía más de un año decidieron aventurarse al exterior al tiempo que sus compañeros cerraban a cal y canto la nave y subían hasta la terraza para observar el panorama.

—¿Qué está sucediendo, jefe? —preguntó con voz temblorosa Jaimito, el joven chileno que había contratado no hacía mucho como diseñador gráfico para llevarle el tema de publicidad, *marketing* y todo lo relacionado con la página web.

— No lo sé, pero puede que los peores augurios de todos nosotros se estén cumpliendo en estos momentos — respondió Tony sin usar ningún sarcasmo en la frase, lo cual hizo que todos sus empleados presentes se comenzaran a preocupar aun más.

Tardaron unas dos horas en ver pasar al primer muerto viviente deambulando por la calle. Quien más quien menos había visto alguno con anterioridad, no era algo del todo nuevo, pero no por ello se sobresaltaron menos ni pudieron evitar que una sensación de angustia les recorriera el cuerpo por completo. Verlos pasear por la calle, a apenas unos metros de ti, no era nada comparable con verlos en el zoo, en algún documental televisivo o en los tebeos.

— Virgen santísima, no me lo puedo creer... — dijo Jaimito sin dejar de santiguarse al ver aparecer a otros tres detrás del primero.

— Jamás pensé que volvería a ver a uno de éstos deambular por la calle — dijo Tony al tiempo que soltaba el bate que llevaba, cogía una escopeta y le reventaba la cabeza al zombi, provocando que los tres que caminaban detrás giraran la cabeza hasta el lugar del que provenía el disparo y se encaminaran hacia allí.

— Esto podría ponerse feo feo — comentó Dante, uno de los empleados que llevaba un buen rato con la boca abierta —. Por lo que veo hay más boludos sueltos.

Tony recargó la escopeta y en apenas unos segundos reventó la cabeza a los tres muertos vivientes al tiempo que intentaba encontrar una explicación lógica a todo aquello. Finalmente, decidió hacer algo más práctico y se dirigió hacia los seis empleados suyos que permanecían expectantes.

— No tengo muy claro lo que está sucediendo, aunque parece obvio que por una razón u otra los malditos muertos vuelven a caminar entre nosotros. Hasta aquí las malas noticias; las buenas son que aquí estamos relativamente a salvo, en el sótano tenemos víveres para resistir un buen tiempo y armas como para invadir una república bananera. Me tildabais de paranoico todos estos años mientras las reunía, pero ya veis que al final yo tenía razón. De modo que si ninguno de vosotros hace el tonto, incluso aunque no tuviéramos armas, estaríamos a salvo aquí dentro.

Si alguno de vosotros tiene familia ahí fuera, le recomendaría que fuera a reunirse con ella o que la trajera hasta aquí cuanto antes, ya que no sabemos cómo evolucionará esto o cuánto tardarán las calles en estar atestadas de esos bichos inmundos.

»Si todo va bien, en breve deberían venir nuestras amadas fuerzas armadas a rescatarnos, pero yo no confiaría mucho en nuestros politicuchos, ya que no sabemos si esto es algo generalizado o algo que está sucediendo únicamente aquí en Palma.

— Jefe, yo habito con mi mujer, mis dos hijos y un par de primos — dijo Jaimito —, y no es muy lejos de aquí, a tres cuadras... Creo que probaré chance.

— Toma esta pistola, no tiene mucho retroceso y te irá bien si tienes que usarla — dijo Tony mientras le entregaba el arma y le daba un golpe de ánimo en el hombro —. Ten cuidado y sobre todo no te confíes bajo ninguna circunstancia o estarás perdido. Te estaremos esperando.

Pasaron algunos días en los que, principalmente, Tony se dedicó a intentar descubrir todo lo que estuviera en su mano con respecto a lo que estaba sucediendo. No tardó mucho en darse cuenta de que la televisión y el resto de los medios de comunicación no le iban a ser de mucha ayuda; al menos los nacionales, donde parecían llevar una competición de despropósitos en pos de ver quién decía el mayor disparate sobre lo que estaba ocurriendo. Lo que explicaban y lo que estaba viendo que sucedía desde su nave no tenía absolutamente nada que ver, lo cual comenzó a darle bastante mala espina, tanta como el ver que nadie parecía muy interesado en ir a rescatarles.

Los móviles e Internet parecían estar completamente fuera de servicio y resultaban imposibles de usar tanto para recibir como para enviar cualquier tipo de información, ya fueran llamadas o mensajes. Por lo que había podido comprobar, estaban completamente aislados del mundo exterior, lo cual no era precisamente la mejor noticia para elevar el ánimo y la moral.

Hacia las dos semanas, Tony, tras comprobar que las dos puertas del taller estaban convenientemente cerradas y atranca-

das, bajó hasta uno de los sótanos del recinto, donde tenía todo tipo de trastos, para localizar un radiotransmisor con el que intentar ponerse en contacto con alguno de los medios locales que seguían emitiendo.

Por desgracia, en el transcurso de aquellos días, las emisoras habían ido dejando de emitir una tras otra: Onda Cero, Radio Nacional, la Cope... Los periodistas supervivientes con menos vocación habían optado por intentar regresar hasta sus casas y estar con los suyos, ante las dificultades para poder llevar a cabo su trabajo convenientemente, con las posibilidades de transmitir reducidas al mínimo y con la imposibilidad de conseguir noticias sin tener que arriesgar la vida en el empeño. Sólo la Cadena Ser y Onda Cero mantenían la información, alternando música con boletines de noticias, basados sobre todo en dos unidades móviles que, según parecía, tenían rodando por la ciudad, y al frente de las cuales debían de ir o bien dos locos, o bien dos valientes irresponsables o dos *frikis* de la información.

Tardó un buen rato en dar con la dichosa radio, que era bastante más antigua de lo que recordaba, al tratarse de un aparato que le compró a un gitano en el rastrillo de las Avenidas de los sábados por la mañana. Era un cacharro casi de coleccionista que nunca se había molestado en probar y que tenía pensado poner algún día en el recibidor de su casa como mero elemento de ornamentación. Y para decoración era para lo único que parecía valer, ya que cuando la desempolvó vio que, al margen de no tener obviamente manual de instrucciones, no tenía ni idea de por dónde comenzar a ponerla en marcha.

Al cabo de una hora de darle vueltas al aparato, y con manifiesta frustración para alguien que como él se enorgullecía de arreglar cualquier trasto con los ojos vendados, se despertó Dante, quien medio dormido se acercó a ver qué hacía su jefe con un aparato que no había visto en su vida por el taller y que estaba medio desmontado.

—Hola, jefe, veo que ha encontrado un nuevo entretenimiento —comentó al verle rodeado de la radio y varias piezas que había desmontado.

— Un entretenimiento que me va a durar poco, ya que no creo que este trasto funcione ni creo que sea capaz de usarlo — dijo frustrado Tony.

— De esto el que debe de saber bastante es Rafaelito, el cubano — dijo Dante—. Creo que estaba liado allá en La Habana en algún tipo de organización subversiva antes de venir a España, de las que se dedican a dar por el culo a Fidel y compañía.

Dante, apremiado por Tony, fue en busca de su compañero de trabajo, al que despertó y alejó de Morfeo.

— A ver, Rafaelito, ¿sabes cómo hacer funcionar este maldito trasto? — preguntó sin mucha fe Tony, como quien pierde el tiempo preguntando una obviedad.

Los ojos de Rafaelito se abrieron de par en par al ver el aparato, permaneciendo callado unos segundos.

— ¡Virgen del amor hermoso! — fue lo primero que dijo —, ¡una auténtica radio a galena! ¿De dónde la ha sacado, jefe?

Tony intentó responder, pero no tardó en ver que se trataba simplemente de una pregunta retórica, ya que antes de que pudiera abrir la boca, Rafaelito continuó hablando.

— Fíjese, pero si tiene la bovina con su alambre de cobre esmaltado enrollado en su cilindro, y sus condensadores variables, el detector de cristal, el oscilador, el amplificador... Esto es una maravilla de la ciencia, un tesoro para cualquier radioaficionado que se precie.

Rafaelito no volvió a abrir la boca a lo largo de la siguiente hora, centrándose por completo en el montaje de aquel aparato de radio. Hubo un par de momentos en los que pareció atascarse, pero tras unos segundos de meditación, continuaba siempre con la ardua tarea que él mismo se había impuesto y con la que sin duda estaba disfrutando de lo lindo.

— ¡Ya está, jefe! — exclamó satisfecho—. Esto debería funcionar, si es que hay algún huevón al otro lado para escucharle.

Tony le agradeció escuetamente a Rafaelito el trabajo y se retiró discretamente hasta su despacho, para intentar desde allí poner en marcha aquel trasto. Lo que menos quería era recibir malas noticias y que éstas fueran escuchadas por su equipo, pudiéndoles bajar la ya de por sí decaída moral.

—¿Hola?, ¿hola? ¿Hay alguien ahí? —comenzó diciendo de forma ciertamente tímida, sintiéndose un poco ridículo por hablar sin tener muy claro si aquel trasto funcionaba o si alguien podía estar realmente escuchándole.

Repitió la operación tres o cuatro veces más hasta que por fin, cuando ya estaba a punto de darse por vencido, escuchó una voz al otro lado que incluso le resultaba familiar:

—¿Hola? ¿Sigues ahí? —escuchaba Tony con sobresalto y regocijo al ver que sus esfuerzos habían valido la pena—. Nos ha costado responderte, lo siento, pero estamos ciertamente desbordados.

—Tu voz me suena de algo, no estoy seguro de si nos conocemos —dijo Tony emocionado por poder hablar con alguien nuevo después de varios días, y ante la posibilidad de descubrir alguna cosa más sobre lo que estaba sucediendo.

—No lo sé, mi nombre es Gabriel Forteza, trabajo en el departamento de deportes de Ser Mallorca, es posible que me haya oído alguna vez —respondió la voz al otro lado del aparato.

—Por supuesto, debe de ser eso —dijo Tony—. Creo que incluso nos conocimos una vez que fui a visitar vuestras oficinas en Camino de Son Moix para hacer unos arreglos... Perdona la indiscreción porque me imagino que, como dices, estarás hasta arriba de trabajo, pero, ¿sabes algo de lo que está pasando?

—Poca cosa realmente, excepto que nos la están dando con queso y que posiblemente detrás de todo esto haya algo más de lo que vemos. No son normales cosas como este aislamiento que tenemos, ni la cuarentena a la que estamos sometidos de forma caprichosa. Tenemos a nuestra unidad móvil rodando por las calles de Palma y hemos tenido más problemas con las patrullas del ejército que pasean por las calles que con los zombis en sí.

»Por suerte, cuando todo esto pasó, nuestro ex-jefe Alejandro estaba en el estadio, en Son Moix, y pudo tomar “prestado” el Hummer de uno de los jugadores del Mallorca, que es el pedazo coche que se puso de moda durante una temporada y que ahora, tras equiparlo y reforzarlo, usamos como unidad móvil por su resistencia y fácil manejo.

— Por mucho coche que sea, me sigue pareciendo una locura — dijo Tony.

— No deja de ser nuestro trabajo, y creo que nos hemos quedado solos en el desempeño del mismo. De todas formas, nos dedicamos a cubrir zonas como las Avenidas y el Paseo Marítimo, donde la amplitud de la carretera nos permite desplazarnos sin mucha dificultad arrollando a cuanto se nos pone por delante. Son zonas algo más despejadas de coches que el resto de la ciudad, seguramente gracias al propio ejército encargado de la limpieza parcial para poder patrullar a gusto.

— ¿Qué sabes del ejército? Durante los primeros días había patrullas rondando por las calles, pero no parecían muy interesados en imponer ningún tipo de orden, y desde hace un tiempo casi no se les ve — preguntó curioso Tony.

— En efecto, se podría decir que prácticamente han desaparecido, como si nunca hubieran estado, y eso que en Palma había un buen destacamento emplazado en la base militar de Coronel Asensio.

» Yo mismo intenté entrevistar a uno de los militares, pero no hubo suerte. A punto estuvo de costarme la vida, ya que los tipos no estaban para bromas, y mucho menos para contestar las preguntas de un periodistilla de izquierdas. No sé, tal vez si hubiese llevado el micro azul de la Cope... — dijo Forteza entre risas.

— ¿Cómo lo lleváis de momento en la emisora?

— En estos momentos mal — contestó Forteza con tono de lamento—. Las instalaciones no estaban preparadas ni mucho menos para todo esto, cosa de los jefes supongo, por eso estamos disponiendo el traslado hasta el Castillo de Bellver, donde hay un grupo que lo está defendiendo sin pasar muchos apuros, a pesar de que los bosques que lo rodean están infestados de muertos vivientes. El compañero Jordi Jiménez ya está ahí comprobando que todo esté listo para poder seguir funcionando una vez nos instalemos.

— De todas formas, mal panorama el que me planteas. Sin ayuda del exterior y sin las fuerzas armadas... Bueno, si no te sabe mal, intentaré contactar con vosotros más adelante en caso

de que descubra algo más o aunque sea simplemente para hablar con alguien ahí fuera.

— Perfecto. Ánimo, juntos podremos lograr salir de ésta.

Tony se quedó algo frustrado después de su conversación con el periodista de la Cadena Ser. La situación no era precisamente alentadora, y estaba claro que esperar una solución que viniera de la providencia no era precisamente la mejor opción. En ésas estaba cuando escuchó el disparo de una pistola.

— ¿Qué demonios ocurre? — dijo mientras salía de su despacho.

— Es Jaimito — dijo Rafaelito desde la terraza superior —. Viene con su familia, aunque un grupo de zombis les están hostigando a unos veinte metros de la puerta.

— Demonios, ¿y a qué esperáis? Echadle un cable — dijo Tony mientras cogía su bate de béisbol para evitar hacer ruido en caso de tener que usarlo, siendo seguido por dos de sus empleados que abrían la puerta que daba al exterior y que había permanecido cerrada desde que días atrás saliera por ella Jaimito.

Fuera, la cosa no pintaba precisamente bien. Un grupo de diez zombis había logrado interceptar el paso de la numerosa familia, compuesta por el propio Jaimito, sus dos hermanos, su mujer, sus dos hijos, su madre y dos primos. Él llevaba la pistola que le había dejado Tony, pero que apenas sabía usar, y habiendo disparado ya en dos ocasiones, sólo había logrado herir en vano en una pierna a un zombi y en el hombro a otro.

La llegada de Tony y de sus dos compañeros de trabajo fue providencial, ya que estaban a punto de caer víctimas de aquellos seres nauseabundos. Tony golpeó con el bate con todas sus fuerzas y sus ganas al que tenía más cerca, acabando con él para siempre, y llamando de paso la atención de dos de los zombis allí presentes.

— Venga, rápido, corred cuanto podáis — dijo Tony al tiempo que se preparaba para la embestida de una de las bestias y se fijaba en uno de los primos de Jaimito que parecía haber sido herido por uno de los zombis.

Entre Tony y sus dos compañeros de trabajo, Pako y Chechu, lograron mantener a raya a los muertos vivientes, aunque cada vez se acercaban más a ellos y al callejón donde estaba situada la puerta principal del almacén.

—Será mejor que regresemos —dijo Pako, viendo cómo el panorama empeoraba por momentos—, creo que hemos llamado demasiado la atención sobre nosotros.

En efecto, nada más cerrar la puerta del almacén, ya había diez zombis caminando con paso decidido hacia ellos, que al topar con la puerta comenzaron a chocar contra ella como intentando traspasarla.

—Joder, nos ha faltado poco; parece que cada vez hay más de esos por la calle —dijo Chechu, algo sudoroso.

—Sí, por poco —dijo Tony mirando a su alrededor y confirmando que, tal y como sospechaba, uno de los primos de Jaimito no estaba presente junto a ellos.

Tony echó un vistazo rápido a la planta baja y, no viendo rastro alguno del recién llegado, optó por subir hasta la amplia terraza superior del edificio. Allí, efectivamente, vio a Benjamín, el primo herido de Jaimito, un tipo gordo y con la camisa empapada en sudor, que se encontraba con aspecto cansado, apoyado con sus manos en las rodillas mientras miraba por la barandilla la calle.

—Ya sabes lo que va a pasar —dijo Tony—, de modo que lo mejor será que te despidas de tus seres queridos antes de emprender el viaje. Es una oportunidad de la que no muchos disponen y estaría bien que la aprovecharas.

—¿Oportunidad? ¿Será una broma, verdad? Qué sabrá un *cuico* huevón como tú. Yo nunca tuve una chance en esta vida, y ahora que las cosas comenzaban a ir bien... Nunca he tenido raja alguna por culpa de la gente que como tú que no paga un moco...

Tony intentó calmarle un poco, aunque no entendía ni la mitad de lo que le decía, a la espera de que llegara alguien más para ayudarlo, ya que lo último que le apetecía era vérselas con un infectado que pudiera contagiarle el virus en pleno acto de venganza proletaria. Pero no tuvo suerte. Fuera, el ruido de los

zombis golpeando contra la puerta comenzaba a subir de nivel y ocultaba los gritos de Benjamín.

Además, como bien dice la Ley de Murphy, si una situación es susceptible de empeorar, empeorará. Benjamín estaba cada vez más nervioso y poco a poco iba perdiendo los papeles al tiempo que comenzaba a sudar de forma notable.

— No cachas lo que te digo, no eres más que un catete — dijo mientras cargaba furibundo contra él.

“Joder, joder... éste es más peligroso en estos momentos que dentro de unas horas cuando regrese convertido”, pensó Tony mientras esquivaba la embestida.

— Puto chueco, tú tienes la culpa de todo por ir de listo y churrar la idea de que viniésemos aquí, y la embarraste, tío, la embarraste bien — dijo de nuevo mientras se le tiraba encima y Tony hacía un esfuerzo por entenderle, al tiempo que lo volvía a esquivar, notando como esta vez aquella inmensa mole le rozaba la cara con su camisa empapada en sudor y se la dejaba completamente mojada.

“Mierda, qué asco”, pensó mientras intentaba limpiarse el rostro con la camiseta que llevaba puesta. “Espero que ésta no sea una forma de contagiarse, sería una manera bien chungueta de convertirte en zombi”.

Benjamín intentó una tercera embestida, aunque esta vez Tony no estaba dispuesto a tener miramiento alguno y dejó las contemplaciones para otro momento, estaba claro que no podía seguir tentando a la suerte y permitir que aquel tipo le hiriera en forma alguna. De modo que en esta ocasión se apartó esquivándolo al tiempo que le propinaba un pequeño empujón en plena carrera, lo que le hizo perder el equilibrio y caer hacia el callejón, aplastando a uno de los zombis y llamando la atención de todos los demás.

— ¡Puto gil de mierda, huevón! — gritaba Benjamín desde el suelo en medio del dolor de la caída, sin ser todavía consciente de la situación en la que estaba, rodeado de zombis.

Fue en ese momento cuando notó cómo algo le asía el brazo con fuerza, sintiendo a continuación un desgarrador mordisco que le atravesó la extremidad. Tony, desde la azotea de la nave,

prefirió no seguir mirando; sabía perfectamente lo que iba a suceder y no estaba de humor para contemplar otra sangría. No había nada que pudiera hacer por evitar el desenlace; aunque corriera a buscar un arma, para cuando estuviera en disposición de evitarle el sufrimiento, ya estaría muerto. El pobre tipo había tenido mala suerte, había buscado una forma de aplacar su ira y su frustración, habiendo logrado únicamente un final un poco más acelerado y doloroso.

Al cabo de unos minutos, Tony bajó con el resto, prefiriendo no decir nada al respecto, aunque una mirada de Jaimito, que aunque pareciese ingenuo no tenía ni un pelo de tonto, le reveló que éste se imaginaba perfectamente lo que acaba de suceder.

Capítulo 6

Adiós y hola

Al amanecer del 21 de enero, tras sopesarlo durante toda la noche, Tony acabó de tomar la decisión que le llevaba rondando la cabeza desde hacía tiempo: tenía que marcharse de allí cuanto antes e intentar arreglar algunas cosas que tenía en mente; nunca le había ido el rollo del héroe, pero estaba claro que en todo aquel puzzle había demasiadas piezas que no cuadraban ni con calzador y estaba cansado de esperar a que llegara la caballería. Por el tiempo que había pasado, ya debería haber actuado la unidad militar de Valencia, que era la que debía encargarse de cualquier tipo de incidencia que sucediera en la zona de Levante y las islas, por no hablar de que el grupo acuartelado en Palma contaba con helicópteros, tanques y un buen número de soldados fuertemente equipados, que de momento no parecían haber hecho nada a pesar de estar especialmente preparados para luchar contra los zombis.

El primer punto a donde debía acudir lo tenía claro: la casa de su amigo Marc, un experto internacional en biología zombi recién regresado de los Estados Unidos. En circunstancias normales, el trayecto andando entre ambos puntos era de poco más de media hora, pero tal y como estaban las cosas ahora, seguramente estaría en torno a una eternidad.

Cuando bajó a desayunar, el ambiente casi se podría describir como animado. La mesa alrededor de la que estaban sentados se improvisó en su momento, usando unos cuantos borri-

quetos y una inmensa plancha de madera maciza de roble con la que Tony nunca había sabido qué hacer.

—Buenos días, Jaimito, espero que hayáis podido dormir bien —dijo Tony mientras se sentaba a su lado—. Tu primo... no pude hacer nada por él.

—Me lo imagino. Me pareció escucharle gritar fuera, pero preferí no prestar mucha atención. Me imagino perfectamente lo que sucedió, siempre tuvo demasiado carácter —dijo Jaimito apesadumbrado—. Fue todo demasiado rápido, vinimos al tiro, yo mismo debería haberme dado cuenta. Hacía tan poco tiempo que había llegado a España desde los Estados Unidos... aunque siempre fue algo cabra y no muy capo precisamente.

—¿El resto de tu familia está bien? —preguntó casi por cortesía Tony mientras se preparaba una taza de café solo.

—Sí, mi otro primo está algo malito, pero uno de mis hermanos lo está cuidando.

Tony comenzó a tomarse el café, aunque apenas unos segundos después reaccionó casi escupiendo lo que se había llevado a la boca.

—¡¿Que está malo?! Venga, no me jodas, ¡y me lo dices ahora!

Justo en ese momento, se escuchó un fuerte chillido proveniente de la habitación donde estaba el primo de Jaimito, y por cuya puerta salía uno de sus hermanos pequeños con una profunda herida en el cuello del que manaba la sangre a borbotones.

—¡Esto es un error de novato, joder! Hay que ser imbécil para caer en algo así después de tanto tiempo —decía Tony casi sin creérselo al tiempo que cogía su bate de béisbol y entraba por la puerta apartando de un manotazo al chico que salía de ella sin importarle ya mucho su destino.

La precipitación a punto estuvo de costarle cara a Tony, ya que se dio de bruces con el cadáver andante del primo de Jaimito, que casi le agarra con ambas manos el cuello.

—¡Mierda! —dijo mientras interponía el bate de forma defensiva entre él y las garras del zombi, con el corazón latíendole como nunca.

Tras aguantar dos embestidas del zombi y dos intentos por asirle, Tony recuperó el control de la situación y logró impactar un fuerte golpe en la cabeza de aquel ser, que fue seguido de cinco más, cada uno de ellos con mucha más furia e ímpetu que el anterior. Estaba fuera de sí, los nervios y el monumental enfado por el error cometido le dominaban, algo bastante poco habitual en él.

Pasado un eterno minuto, dos de los compañeros de Tony le sujetaron.

— Ya está, déjalo, ése ya no se volverá a levantar más — dijo uno de ellos—. Lo único que lograrás será ensuciarte y Dios sabe si algo más... No sé qué está pasando, y aunque te puedas reír de mí, creo que hay algo diferente en esta ocasión.

Tony llevaba unos cuantos días en los que creía haberse vuelto algo paranoico, pero las palabras de Rafaelito confirmaban su temor. Había algo que no cuadraba en aquel inmenso puzzle que se estaba formando y en el que cada vez iban encajando menos las piezas.

— Que alguien limpie este desaguisado, y comenzad a despediros del chaval. Lo mejor será que le deis algunas pastillas y nos deje de la mejor manera posible, sin sufrir como hizo su primo — dijo Tony mientras se sentaba a la mesa a desayunar con la ropa completamente manchada de sangre.

Apenas unas horas después, Tony ya tenía preparada la mochila y estaba listo para iniciar su periplo, sabedor de los riesgos que tenía por delante y sintiéndose presa de su impulsivo carácter.

— Abajo, en el sótano, tenéis todo lo que podéis necesitar para sobrevivir durante una buena temporada. Si sois más listos que yo y tenéis más paciencia, aguantaréis sin problema, ya sabéis que esos bichos no aguantan más de cinco años sueltos sin acabar de pudrirse. Suerte, amigos.

No acabó de decir esto y sus compañeros de trabajo le dieron un fuerte abrazo a la vez que intentaban convencerle una vez más para que desistiera de su aventura suicida.

Sin duda, lo más adecuado en estos casos es salir por la puerta como en las películas, abriéndola y saludando con la mano desde ella, pero aquí había un pequeño problema y era la manifestación espontánea de zombis que se había organizado en la entrada desde el día anterior, y que no dejaba de aumentar en número y ruido; al sonido gutural de éstos se unían los golpes que no dejaban de dar contra la puerta, algunos chocando contra la misma y otros aporreando con sus manos o sus muñones.

De modo que decidió que lo más recomendable era subir hasta la terraza de la nave y echar un vistazo para comprobar qué parte estaba más despejada. Tras unos minutos, vio cómo la zona que daba a la calle principal del polígono y a la que podía acceder desde la terraza del edificio de la nave contigua era la más indicada. La calle, la Gran Vía Sima, estaba infestada de zombis, pero se trataba de una calle ancha de doble circulación que precisamente atravesaba todo el polígono

Así que ató la cuerda a una de las chimeneas de ventilación, se colgó a la espalda la mochila en la que había guardado cuatro cosas, y comenzó a descender poco a poco, intentando no llamar la atención y pasar desapercibido cuanto más tiempo mejor.

La escena en la calle era aterradora, los zombis se paseaban lentamente de un lado para otro entonando aquella especie de gemido profundo que ponía sus nervios a flor de piel.

Tony logró llegar hasta la parte inferior de la calle sin ser visto por ninguna de las pululantes criaturas, y fue entonces cuando se le pasó por la cabeza el coger uno de los vehículos que tenía a apenas unos metros. Caminó lentamente, sin apenas hacer ruido, hasta alcanzar un 4x4 que parecía bastante resistente y cuyas llaves estaban bajo la puerta delantera del vehículo, junto a los restos de una mano que las sostenía y que parecía haber sido arrancada a mordiscos del resto del cuerpo de un pobre desgraciado que previamente a él parecía haber intentado la misma operación.

Con paciencia, poco a poco, escuchando de fondo el ronroneo de los zombis, Tony logró abrir aquella mano, no sin antes tener que mutilar alguno de los dedos que férreamente se cerraban en

torno a las llaves. Con gesto de satisfacción se reincorporó, al tiempo que notaba cómo su espalda daba con algo. Tony no se lo podía creer, estaba seguro de lo que se trataba, no hacía falta ni que se girara, acaba de chocar contra un zombi que estaba ya a punto de cernirse sobre él y darle el golpe de gracia. Una vez más, e iban dos en apenas unas horas, se había confiado demasiado y a punto estaba de costarle caro. Todavía estaba en disposición de subsanar el error aunque el precio podía ser muy alto.

Nada más notar el roce con el muerto viviente, Tony se impulsó hacia delante alejándose cuanto pudo de éste, sin haberle visto todavía, intentando como fuera no tener ningún contacto con él y evitar cualquier posible foco de contagio, lo último que deseaba era verse convertido en un “pululador choca-farolas”. Cuando por fin se giró y pudo verlo, quiso que el mundo se le tragara. Se trataba de un verdadero armario con patas, un tipo de casi dos metros de altura, grande como no había visto nunca en su vida y con una musculatura que le hubiera permitido opositar al puesto de Míster Baleares. La mochila que llevaba Tony colgada a la espalda le impedía moverse con facilidad, y lo peor es que en aquellos momentos no disponía de tiempo para deshacerse de ella, ya que el zombi le tenía acorralado contra el coche. No tenía más opción que sacar la pistola y disparar contra aquella bestia, aun a riesgo de atraer la atención del resto de zombis de la zona. De modo que se llevó la mano al pecho y desenfundó el revólver, aunque por desgracia, el zombi, instintivamente o más por suerte seguramente, golpeó su mano mientras él intentaba apuntar desde el suelo a su cabeza, mandando la pistola lejos de su alcance.

—Mierda, está visto que el destino no me lo quiere poner fácil hoy —se lamentó Tony mientras intentaba pensar en su siguiente movimiento, procurando no ponerse más nervioso de lo que requería la situación, a lo que no ayudaba el sentir el fétido y apestoso aliento del muerto, que se inclinaba sobre él intentando agarrarle el cuello.

Casi notaba el frío de sus manos sobre su garganta cuando desde detrás del zombi alguien golpeó a éste con una madera que se partió en varios trozos al chocar contra su espalda. Se tra-

taba de Jaimito, que había estado contemplando la escena desde lo alto de la terraza de la nave y que había acudido al rescate al ver cómo la situación se complicaba, descendiendo por el mismo lugar que lo hiciera Tony.

—No le puedo dejar solo ni un momento, jefe —dijo mientras daba un segundo golpe en el costado del zombi con lo que quedaba de la tabla—. Menos mal que he acudido al rescate, o hubiéramos tenido que aguantarle aporreando la puerta del almacén junto al resto de bichos estos.

Tony se alegró como nunca de ver al chileno frente a él, ya que de lo contrario no sabía muy bien cómo hubiera salido por sí solo de aquella situación. Mientras Jaimito golpeaba por tercera vez, Tony aprovechó para coger su pistola y apuntar a la cabeza del zombi, aunque por desgracia, en los cuatro segundos que tardó en realizar la operación, el muerto viviente tuvo tiempo de alargar el brazo y coger por el cuello al pequeño chileno, que ahora colgaba a un par de palmos del suelo levantado por aquella mala bestia.

Tony disparó un primer tiro que atravesó la cabeza del zombi sin dañar su cerebro, error que hizo que el otro brazo de éste se clavara y destrozara el pecho de Jaimito, que posteriormente fue lanzado con fuerza como si de un pelele se tratara, provocando que un reguero de sangre lo inundara todo. Aquella escena hizo que Tony casi vomitara; había sucedido a apenas un metro de él y para colmo se sentía culpable. Casi temblando, disparó por segunda vez, logrando por fin alcanzar el cerebro justo en el momento en el que el gigante aquel mordía con lo que le quedaba de dentadura un trozo de carne de su pobre víctima.

Jaimito se encontraba en el suelo con los ojos abiertos como platos, en estado de *shock* sin tener muy claro lo que acababa de sucederle, casi rogando a su Dios para que pudiera seguir viviendo sin aquella pieza que acababan de arrancarle con un gesto tan rápido y sencillo. Tony no se permitió ningún tipo de contemplación ante aquella escena, estaba claro lo que tenía que hacer y no podía dudar. Disparó en dos ocasiones sobre la cabeza de su amigo sin mediar palabra, antes de que sus sentimien-

tos pudieran jugarle una mala pasada –no eran raras las ocasiones en que un humano prefería ver resucitado a algún familiar antes que perderlo para siempre, como si aquel estado de muerte latente pudiera ser considerado como “vida”–.

Casi instintivamente y temiéndose lo peor, Tony lanzó una mirada a lo alto de la terraza de la nave, donde, como sospechaba, pudo ver a la mujer de Jaimito con los ojos llorosos y las manos en la boca sin creerse tampoco lo que acababa de ver. Tony no sabía qué decir, pero tenía claro que no podía perder más tiempo, aquellos disparos habían alertado a todos los zombis que había en la avenida, que ya habían iniciado su impertérrito caminar hacia él.

Tras hacer un rápido gesto con las manos intentando expresar de algún modo sus condolencias a aquella mujer, corrió a refugiarse al interior del coche e intentó meter la llave en el contacto, rezando para que todo fuera bien y fuera la de aquel coche, y que éste tuviera batería y gasolina, ya que tal y como iba todo, cualquier cosa podía pasar y hacer que la tragedia continuara esta vez con él como protagonista. Por suerte, todo parecía estar bien, aunque para cuando arrancó el coche, tres zombis estaban ya rodeando el vehículo: dos de ellos ya aporreaban los cristales de la puerta del conductor y un tercero se apoyaba sobre el capó.

Tony no se lo pensó dos veces y apretó el pedal del acelerador a fondo, llevándose por delante al zombi que tenía frente a él, y dejando a los otros dos confundidos en la cuneta. Por desgracia, había salido de allí casi a ciegas y ahora le estaba costando controlar el coche, ya que tenía que esquivar al resto de zombis que había en la Gran Vía Sima y al resto de vehículos que había abandonados por todos lados.

Estaba llegando a la rotonda cuando optó por hacer algo realmente estúpido: decidió no complicarse la vida y llevarse por delante a un zombi que tenía casi frente a él. Craso error, ya que no tardó en comprobar que, menos en Hollywood, un choque frontal de un coche contra un objeto no puede acabar sino con el vehículo accidentado. Sin ser consciente casi de lo que sucedía, el coche chocó contra el zombi, tal y como espera-

ba, pero a continuación notó cómo perdía el control del auto, que volcaba sobre un lateral avanzando unos metros justo antes de comenzar a rodar sobre sí mismo dando varias vueltas de campana.

Se podía decir que tuvo suerte y que saldría de aquella imprudencia imperdonable, ya que nada más chocar saltaron todos los airbags del coche, algo con lo que no había contado, y en apenas unos segundos notó cómo, tanto enfrente como en los lados, se disparaban las respectivas bolsas que impedían que su cuerpo se despedazara al tiempo que el coche.

Cuando Tony abrió los ojos lo primero que hizo fue intentar situarse. Dudó sobre si había perdido el conocimiento durante algunos segundos, mientras notaba cómo un pequeño hilillo de sangre bajaba por su rostro, sintiendo un profundo dolor de cabeza y una molesta sensación de mareo. Aunque lo peor era que estaba atrapado en aquel coche, aprisionado por los airbags y con el incipiente murmullo de zombis aproximándose lentamente hacia él.

Estaba jodido. Parecía como si el destino se hubiese empeñado en darle la baja aquel mismo día, fuese al coste que fuese, aunque él tampoco estaba haciendo mucho por evitarlo, con aquellas absurdas decisiones de novato pringado.

Tenía que actuar de prisa, dejar de lado el mareo y olvidarse de los zombis que se aproximaban para evitar cualquier ataque de terror. O mantenía la cabeza clara o aquello sería el fin, y por cómo iban las cosas, podía ser un fin bastante doloroso, sirviendo como plato principal de una macabra pitanza.

Lo primero que hizo fue rebuscar en la mochila que tenía al lado. Había guardado en ella un par de navajas y resultaba imperioso el hacerse con una de ellas e intentar liberarse de los dichosos airbags, que si bien le habían salvado la vida, podían acabar siendo los culpables de unos muy largos minutos finales.

Aunque desorganizado por naturaleza, solía ser rápido buscando las cosas que dejaba aquí y allá. Este caso no fue una excepción, y en apenas unos segundos notó cómo su mano palpaba una de las navajas, por lo que rápidamente se vio liberándose de la molesta sensación de aprisionamiento que tenía.

Justo en el momento de quitarse el cinturón de seguridad, sintió el tacto de una mano fría y áspera rozándole el brazo derecho. Se giró y el corazón le dio un vuelco. El primero de ellos ya estaba ahí, buscando un trozo de carne fresca que llevarse a la boca, estirando torpemente el brazo todo lo que podía en un intento patético por atrapar a su presa. Por suerte estaba fuera de su alcance.

Tony giró su cabeza hacia el lado izquierdo, viendo cómo otros dos zombis estaban ya a unos diez metros de distancia. Intentó abrir la puerta, pero ésta parecía estar atascada. *Nueve metros*. La sucesión de golpes provocados por el impacto estaban dificultando abrir la puñetera puerta, que parecía tan empuerrada como los airbags hacía unos minutos en que fuera pasto de los zombis. *Ocho metros*. Zarandó el pestillo una y otra vez, viendo la inutilidad de su acción, por lo que decidió cambiar de táctica. *Siete metros*. Hizo acopio de fuerzas e, impulsando sus dos piernas, golpeó con toda la potencia que pudo la puerta, que afortunadamente estaba tan dañada como suponía y salió disparada un par de metros. *Seis metros*. Prácticamente a gatas, salió del coche, notando cómo las piernas le flaqueaban, en parte por los nervios, en parte por el impacto. *Cinco metros*. De forma poco graciosa, logró ponerse en pie, se apoyó en el coche para intentar situarse y que aquel mareo se fuera, aunque por desgracia no disponía de mucho tiempo. *Cuatro metros*. “¡Maldición!”, pensó; la condenada mochila estaba en el coche. *Tres metros*. Alargó el brazo todo lo que pudo hasta que logró agarrar la mochila, al tiempo que un zombi hacia lo propio y la estiraba torpemente hacia sí mismo, iniciando un lamentable duelo de poder. *Dos metros*. Estaba claro que no podía luchar de igual a igual con aquel ser sin mente, por lo que decidió hacer uso de su cabeza; soltó ligeramente la mochila cediéndosela en parte al zombi, para un instante después, aprovechando tal vez la posible sensación de confianza de aquel ser –o más bien su propia suerte–, estirar con todas sus fuerzas para hacerse con ella. *Un metro*. Ya con la mochila en las manos, se giró y casi sintió el putrefacto olor a descomposición de los dos zombis que felizmente se le acercaban. *Medio metro*. No había ninguna otra

opción más que correr, correr tanto como pudiera, alejarse de allí y no desfallecer, lo cual en aquellas circunstancias era mucho pedir.

Cuando los brazos de los zombis lanzaban ya sus garras sobre él, inició la carrera, una carrera de final incierto y destino improbable.